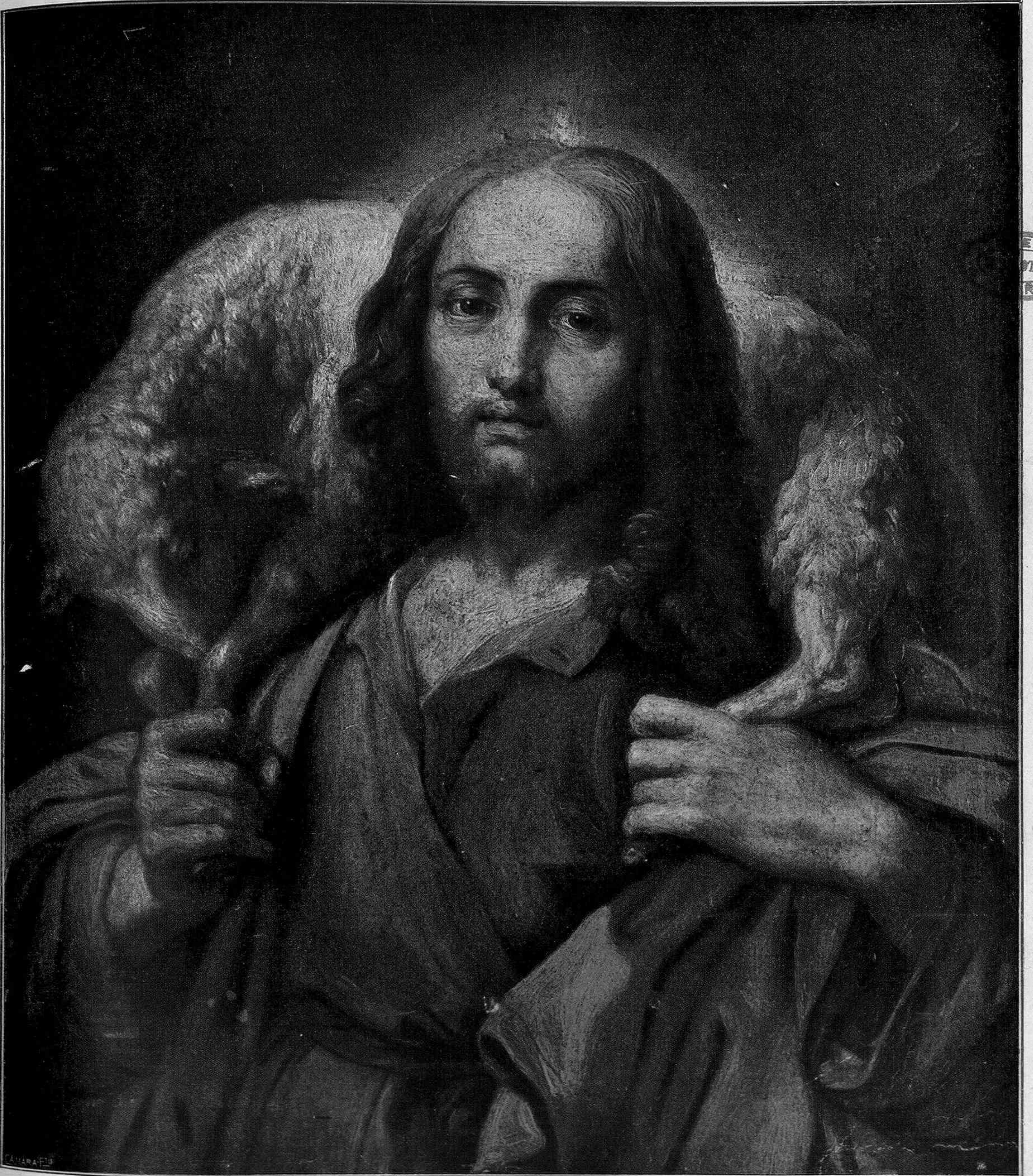


La Esfera

Año VIII * Núm. 376

Precio: Una peseta



EL DIVINO PASTOR, cuadro de Vicente López, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

SE HA PUESTO Á LA VENTA, CON ÉXITO ENORME,
LA SIN VENTURA

(VIDA DE UNA PECADORA IRREDENTA)

NOVELA DE 350 PÁGINAS POR

“EL CABALLERO AUDAZ”

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS



Remington UMC

**Cartuchos para Escopeta
Para Estar Seguro**

de que los cartuchos cargados que Vd. posee son los auténticos Remington UMC, importados,

EXAMINE la base de latón y vea si tienen la marca legítima de esta compañía.



ARROW pólvora sin humo
NITRO CLUB pólvora sin humo
NEW CLUB pólvora negra
REMINGTON pólvora sin humo

c-8

REMINGTON ARMS COMPANY INC.
233 Broadway Nueva York



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



BAUME BENGUÉ
Curación radical de
**GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS**

De venta en todas las farmacias y droguerías.

SULFHYDRAL CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS, CATARRALES, SARAMPION, COQUELUCHE, VIRUELA.

DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

GRANDES CARRERAS DE CABALLOS
 EN
SAN SEBASTIAN
“MEETING” DE PRIMAVERA

Organizadas por el **JOCKEY CLUB**, de San Sebastián,
 bajo el Real Patronato de S. M. Alfonso XIII

CINCO REUNIONES

Domingo 27 Marzo.	Gran Premio de Primavera.	59.500 pts. en premios
Lunes 28 »	Premio Irún	19.500 » »
Domingo 3 Abril.	Premio del Casino	32.000 » »
Jueves 7 »	Premio Willow	19.500 » »
Domingo 10 »	Premio del Jockey Club	32.000 » »

Las inscripciones á la Secretaria de la Sociedad de Carreras de San Sebastián

¡COMERCIANTE! ¡EXPORTADORES-IMPORTADORES! Consulten el:

ANUARIO DE LA AMÉRICA LATINA

(BAILLY-BAILLIERE--RIERA) EDICIÓN DE 1920-21

Información general (señas) de los que se dedican al Comercio de Importación y Exportación, Industria, Agricultura, Ganadería, Minería y Elemento Oficial en las Repúblicas Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Chile, Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela e Islas Filipinas y de Puerto Rico. Encuadernación en dos tomos de unas 2,700 páginas en junto, conteniendo más de 2.000.000 de datos, doce mapas geográficos y de comunicaciones de colores y los Aranceles de Aduanas de los citados países. Sección de Anuncios

PRECIO DE VENTA EN TODA ESPAÑA: 70 PESETAS
 FRANCO DE PORTES CONTRA ENVÍO DE FONDOS

Editores: **Anuarios Bailly-Bailliere y Riera Reunidos, S. A.**
 Consejo de Ciento, 240.—BARCELONA :: Telégrafo y Cables: «Anuarios»
 Agencia en Madrid: Núñez de Balboa, 21; Casa Editorial Bailly-Baillière

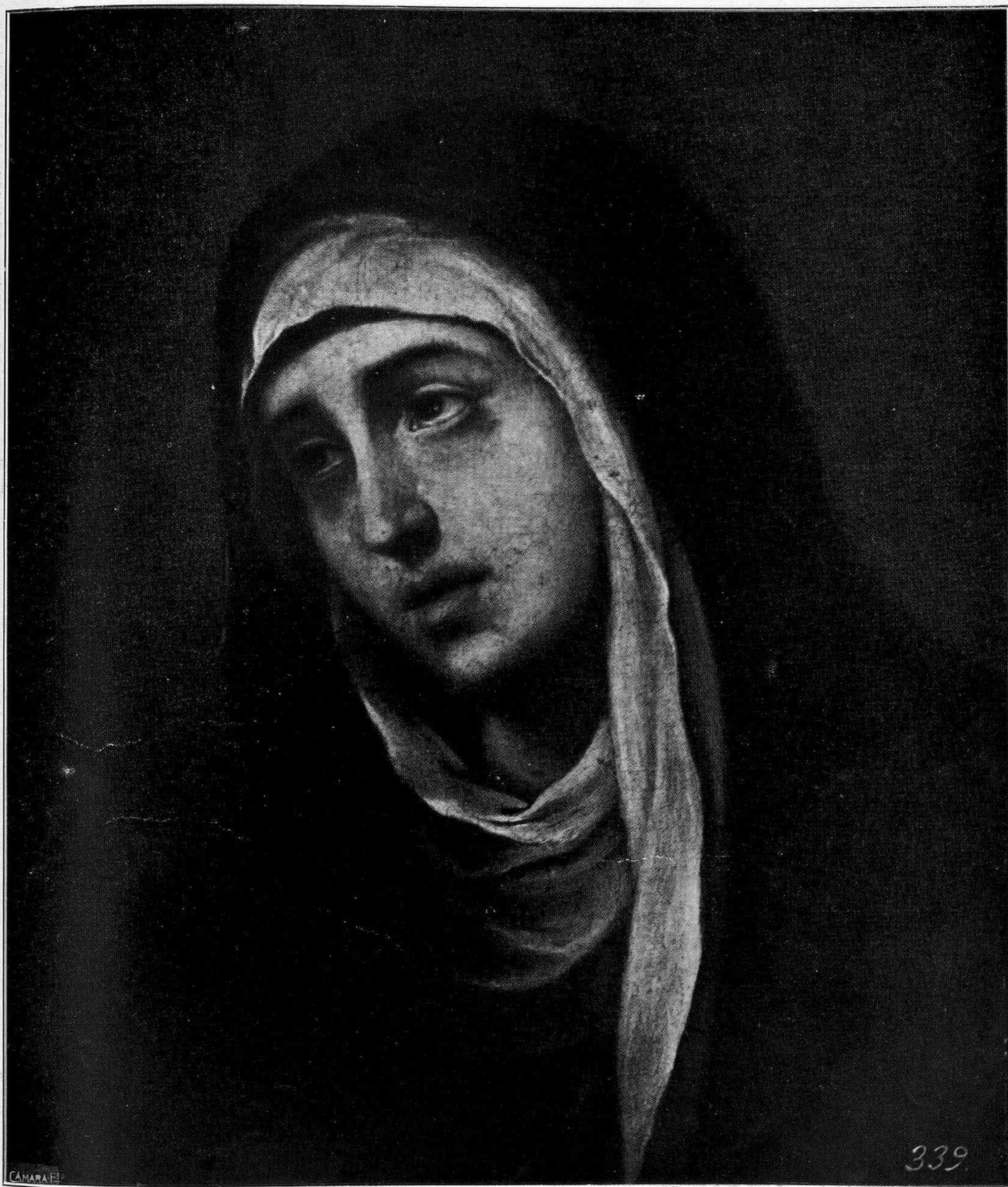
SE VENDEN
 los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

La Esfera

Año VIII.—Núm. 376

Madrid, 19 de Marzo de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA DOLOROSA

Cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA  TRES ATENTADOS
CÁNOVAS - CANALEJAS - DATO

No somos viejos y hemos visto caer asesinados á tres jefes de Gobierno, lo cual, en la reducción forzosa que ha de dar la Historia á una sucesión de hechos ocurridos en menos de veinticinco años, tomará el aspecto de ley general. Dentro de unos siglos parecerá que el Destino de los jefes de partido en España era morir violentamente y se buscará, como en todos los sucesos humanos, la razón histórica. Dejo esa misión al porvenir. Estamos demasiado cerca del hecho brutal y hoy pudiera parecer insensibilidad cualquier filosofía.

¡Veinticinco años! ¡Cuánto ha rodado el mundo en ese cuarto de siglo! El desenlace de las grandes tragedias es, sin embargo, el mismo: matar; cortar el nudo. No hay progreso de Esquilo á acá, de Caín á acá, y las Furias siguen persiguiendo eternamente á los que no pueden alzar á la luz del día la mano pura, limpia de sangre. ¡Matar! Varía la manera y algo un poco más hondo: el espíritu. ¿No media, en efecto, la distancia que va de un período histórico á otro entre el crimen de Angiolillo y el de los asesinos de D. Eduardo Dato?

Angiolillo era el anarquista puro. Podemos execrar el acto que acabó con la vida de un gran español quizás cuando hubiera podido ser más útil á su Patria; pero no le podremos quitar su aureola romántica ni su voluntad de sacrificio. Salió de Inglaterra decidido á realizar un designio, viajó por Europa, tuvo quizás su aventura sentimental que le abría otro horizonte más feliz y renunció á todo y fué á estrellar su Destino en Santa Agueda. Era solo; no quiso huir. No preparó ni la fuga, ni la coartada, ni la



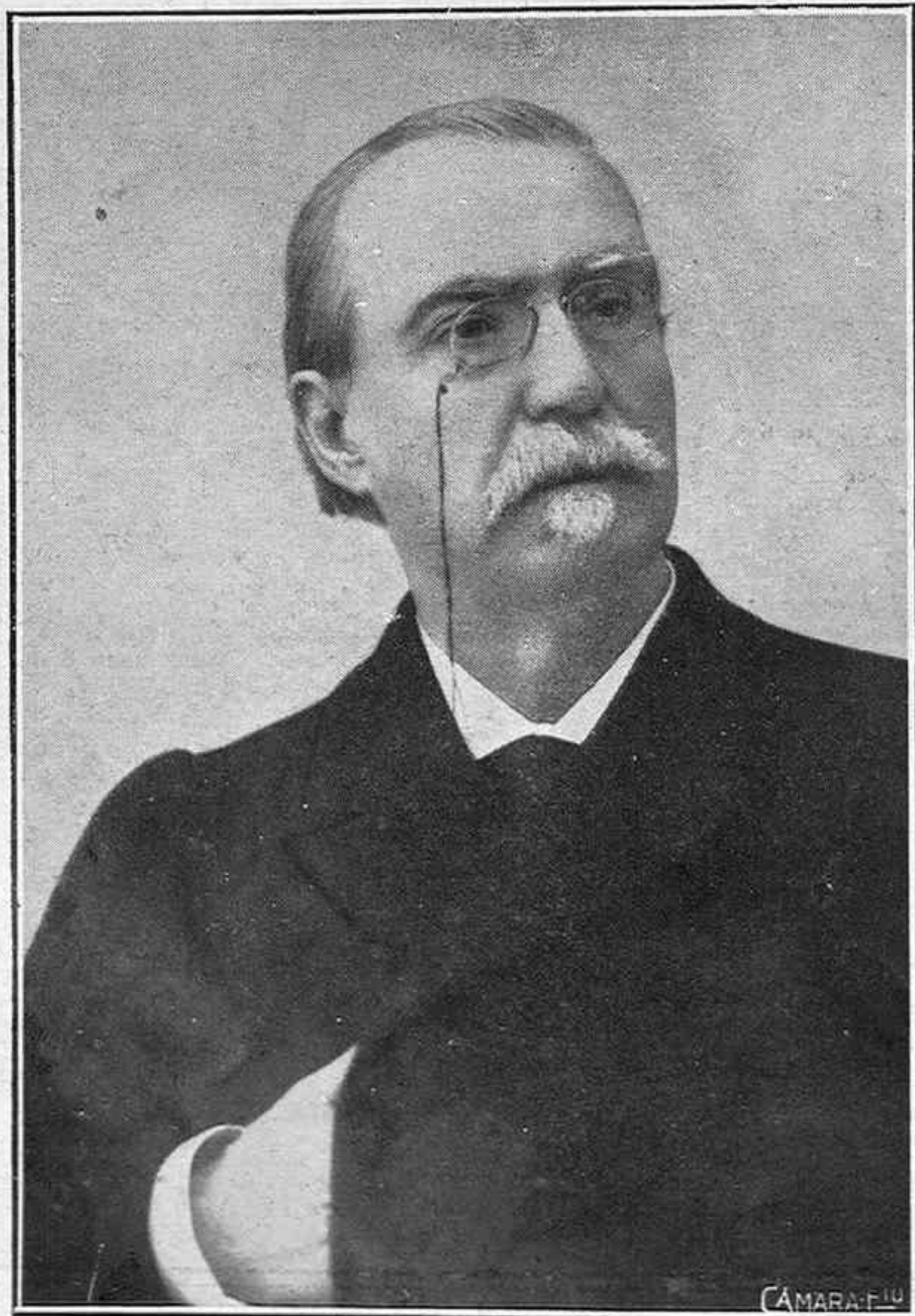
D. EDUARDO DATO IRADIER

noblecer los más criminales extravíos. Se suicidó. Se ejecutó á sí mismo. No tuvo el valor de quedarse á solas una hora con el recuerdo del acto ya ejecutado. Media voluntad debió de ir arrastras de la otra media, y en esa lucha desapareció su individualidad. Si hay todavía un misterio en la muerte de Canalejas, no lo hay en la personalidad de su asesino, que estaba por bajo de la misión que se había asignado como vencedor.

Pero el tipo del atentado y el del criminal cambian en el reciente y doloroso caso de D. Eduardo Dato. Aquí se libra una batalla, preparando ante todo la retirada y la impunidad. No es la lucha del mundo de la Anarquía contra el de la Gerarquía. Es la apelación á un resorte de fuerza dentro de un plan político y en defensa de una causa concreta, localizada. Se ha buscado en los procedimientos el material moderno como en las películas cinematográficas, y la apelación á la precisión de movimientos, á la velocidad, da al complot y á su ejecución un aspecto nuevo en el que no destacan el alma ni el pensamiento de una vindicta. Ya no se rinde el sacrificio leal; se da el golpe y se conserva toda la fuerza. Se declara la guerra ó se acepta una declaración de guerra y se acude á todas las armas.

Nunca ha sido tan peligroso el ataque contra el Poder. Nunca ha hecho falta tanta serenidad para contestar al crimen político, que es cosa más baja que el crimen de conciencia. Pero esto no ha de tratarse en un modesto artículo que se limita á poner en una misma plana el recuerdo de tres atentados.

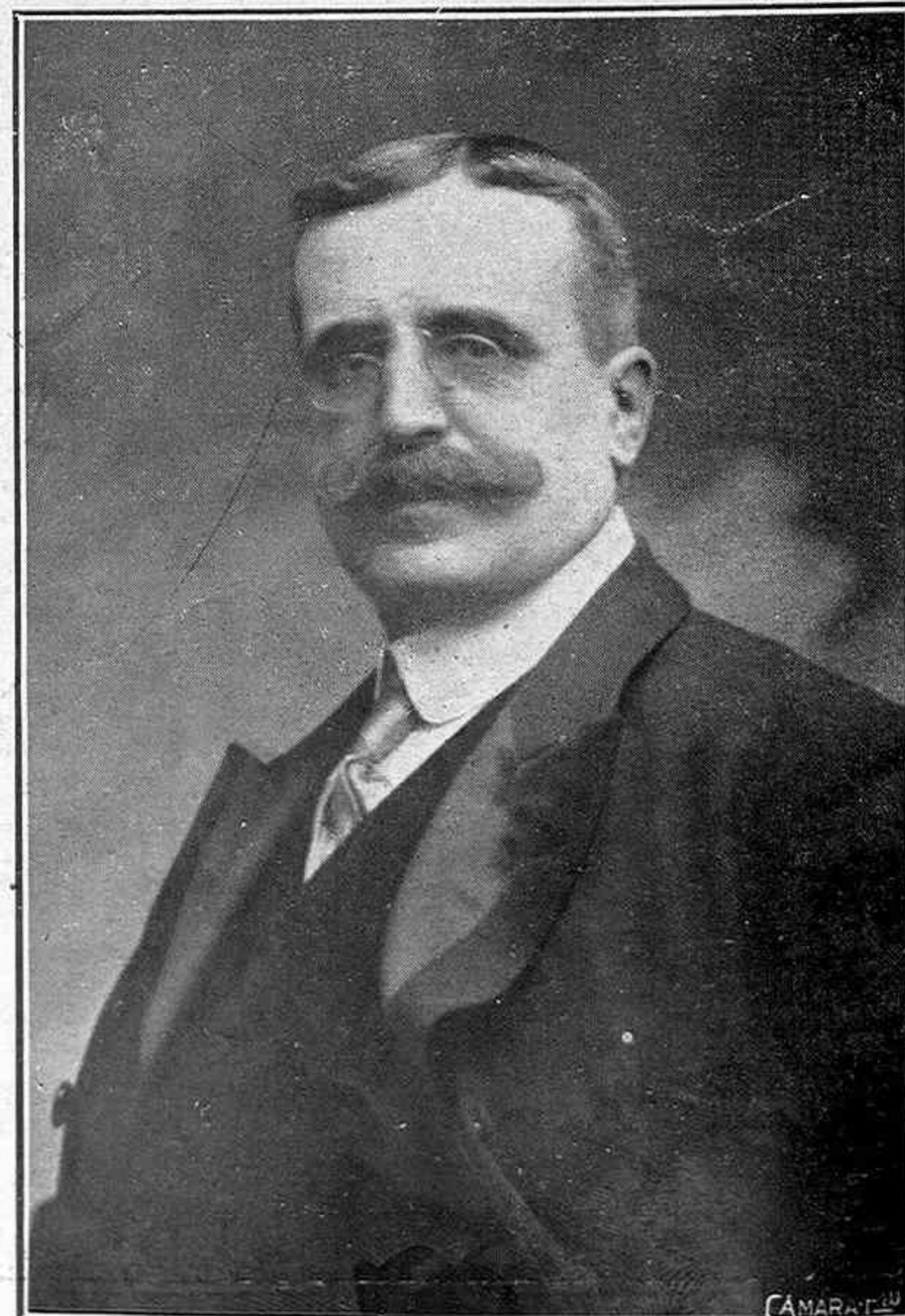
Luis BELLO



D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

impunidad. Tenía la idea—¡la idea!—de que acababa de realizar un sacrificio, no sólo en la persona de su víctima, sino en sí mismo, y se entregó sin resistencia. Circulan por todas partes versiones fidedignas de su ejecución y no revela ningún sentimiento bajo el espíritu de aquel hombre. Mató. Se entregó. Murió. Era el período romántico del anarquismo de acción, y los que valían más, ¿quiénes eran? ¿Los que escribían ó soñaban? ¿Los que jugaban con el fuego de la idea? ¿Los que vivían de ella y la explotaban? No; valía más Angiolillo. Cánovas no murió en una lucha baja, por pequeños motivos, á manos de un hombre vulgar. Hubo grandeza en su final, porque quien le mató no fué instrumento ciego de una política ó de una venalidad. En el terrible diálogo con sus Furias, rojas aún las manos de sangre de otro hombre—sangre fraterna—, Angiolillo podía mostrar junto al odioso crimen la pureza de una intención.

Pardinas mató ciegamente, inconscientemente, á Canalejas, que era para todos una esperanza. Tal desproporción entre la estúpida causa de la muerte y el talento que se perdía produjo una emoción sincera de sorpresa y de dolor. A Pardinas le faltaron las altas cualidades capaces de en-



D. JOSÉ CANALEJAS MÉNDEZ

TEATRO REAL
LOS BAILES RUSOS



LYDIA SOKOLOVA



EKATHERINE DEVILLIERS



LÚBOW TCHERNICHEVA



STANISLAW IDZIKOWSKI

Los Bailes Rusos han vuelto á Madrid. Este espectáculo exótico, desbordante de color y realzado por una música bella y original las más veces, y en otras, las menos, sólo pretexto para que unas lindas mujeres exhiban las perfecciones de su plástica, ha llegado á tomar carta de naturaleza en nuestra vida artística. Sin duda es de celebrar. Porque aparte de su mérito intrínseco y real como forma de arte, han ejercido y ejercerán los Bailes Rusos, mientras sepan conservar la totalidad de su carácter, una positiva influencia sobre el gusto de los públicos, sutilizándolo y refinándolo, así como sobre las posibles orientaciones de las artes del tiempo y el espacio. Músicos, pintores, escultores y arquitectos, pueden hallar en esa magnífica fiesta escenográfica inspiraciones abundantes. Y no se diga cuán transcendentales secretos habrán de revelar á quien sepa y pueda desentrañar de entre las superficialidades de la danza y de unas armonías ingenuas, la excelsa y dominante ley del ritmo, sin la que el arte ni la misma vida no serían sino una concepción absurda y monstruosa. Por eso, y por otras muchas razones, este espectáculo de los Bailes Rusos encuentra, con el favor más ó menos razonado de las masas, pero siempre fervoroso, el aplauso de cuantos aman la cultura y crean, como se cree en un dogma, que el progreso de la Humanidad tiene una de sus más sólidas bases en el continuo mejorar de las ideas y de los sentimientos estéticos. La Compañía de Diaghilew presenta este año junto á eminentes figuras ya conocidas otras de no menos relieve que aún no había aplaudido nuestro público. La deliciosa Tchernicheva, cuya elegante silueta parece arrancada de un cuadro de Walteau, como la bellísima Sokolova, espléndida intérprete de las geniales creaciones de los compositores rusos, forman parte del elenco, compartiendo sus éxitos con artistas tan excelentes como Ekatherine Devilliers y Stanislaw Idzikowski. De todos ellos ofrecemos á nuestros lectores interesantes fotografías.

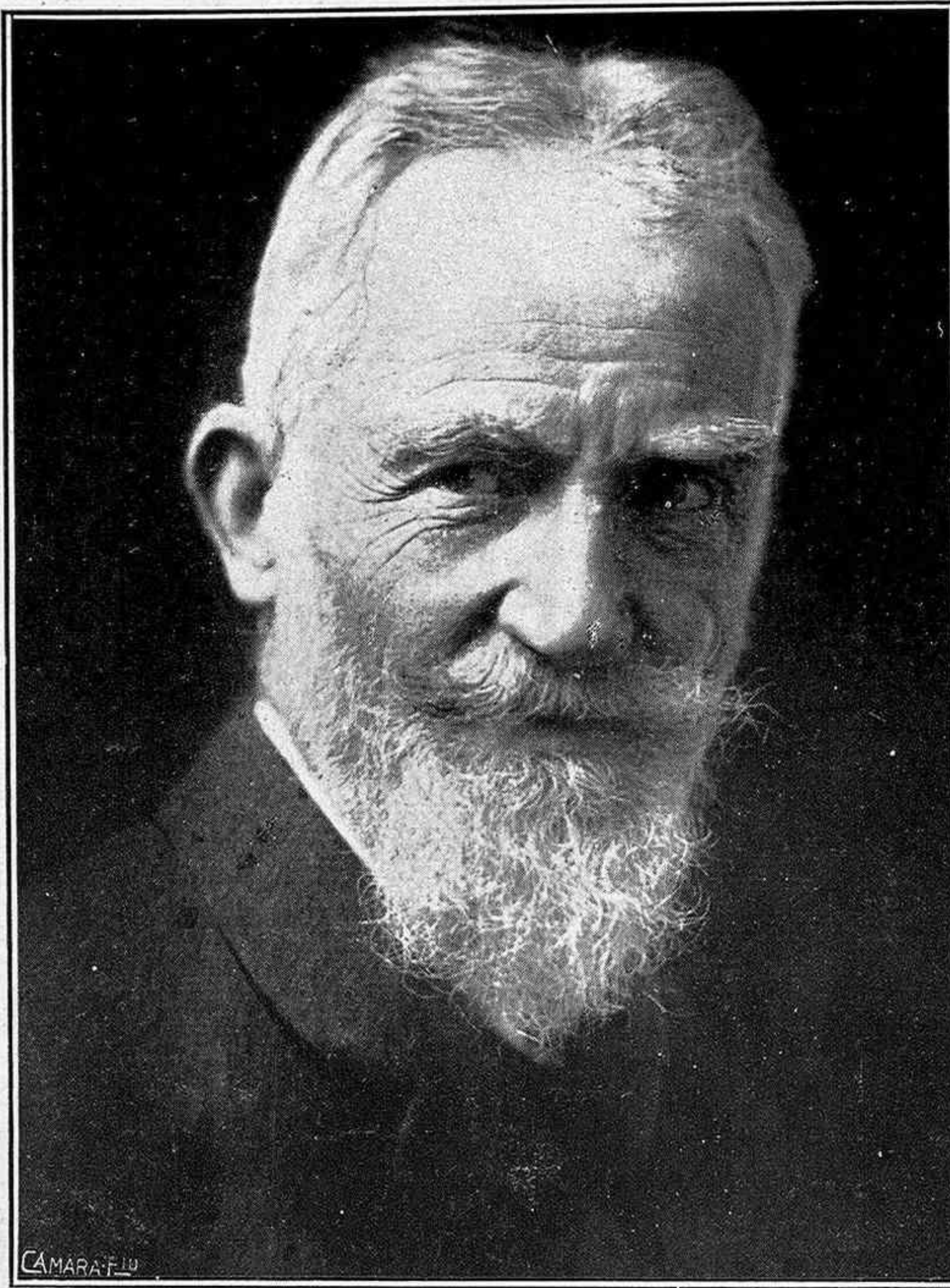
TEATRO EXTRANJERO

Las ideas socialistas y filosóficas de Bernard Shaw

NINGÚN dramaturgo extranjero tan interesante a la crítica como Bernard Shaw—ninguno de los de ahora, naturalmente—. La riqueza de sus ideas, esparcidas con notable equilibrio en sus obras, y su personalidad desconcertante, esa técnica extraña, le dan un considerable valor de estudio. Ha tardado, como casi todo innovador, muchos años en imponerse; pero luego su triunfo ha sido extraordinario, llegando a conseguir tan grandísima popularidad, que en toda Inglaterra se le conoce solamente por sus iniciales G. B. S., que es como firmaba sus críticas musicales en el *World*. Este caso de popularidad, de ser conocido de todos sólo por las iniciales, solamente se dió antes con Campbell Bannerman.

La preocupación que cobra mayor intensidad en Bernard Shaw es el socialismo. Sus ideas socialistas parten de la impresión que le produjo la lectura de *El Capital*, de Carlos Marx, y luego se van adiestrando hacia su sentido evolutivo, en vez de al revolucionario. Bernard Shaw colaboró en las revistas socialistas *To Bay* y *Our Corner*. Forma parte de la *Fabian Society*, y en 1889 sus colegas le encargan la publicación de los *Essays in Fabianism*, y escribe *Las bases económicas del socialismo* y *La evolución de la sociedad actual hacia el socialismo*, en las que ataca implacablemente a la sociedad capitalista, pidiendo su expropiación e indemnizándoles con dinero sacado de un impuesto cada vez mayor sobre las rentas. Estas ideas constituyen el sistema de *La Fabian Society: la reorganización de la sociedad para la emancipación de la tierra y del capital industrial, que deben ser substraídos a la apropiación individual y a la apropiación por una clase, y ponerse en manos de la colectividad en vista del bien general*. Bernard Shaw trabaja activa y fogosamente en las filas del socialismo, publica folletos y pronuncia discursos para esparcir sus ideas. Delegado por la agrupación socialista de Dublín, asiste al Congreso Internacional Socialista de 1896, y al frente de la citada *Fabian Society* va ensanchando su criterio socialista.

Pero George Bernard Shaw no es el socialista que ve en un movimiento revolucionario la realización de sus ideas. Considera el socialismo como el mejor vehículo de la civilización, como el camino mejor trazado para que la sociedad llegue a un estado de perfeccionamiento. *La civilización no es un tren que corre, sino un árbol que crece*, ha dicho Letamendi. Es decir, que no es preciso una transformación de cambio de lugar, sino una elevación de planos. Por esto profesa un concepto evolucionista, un crecimiento de la constitución social antigua a una constitución de amplio sentido de nivelación. Del capital individualista, al comunista. Hasta de la moral, rodeada de vedamientos egoístas, a una moral sincera que permita la libertad de instintos, en lo que él ve la máxima posibilidad transformadora del hombre. Y el objetivo de la vida es la vida misma, que cada vez se desarrolla lo más posible, para que goce lo más posible. El dramaturgo irlandés sostiene la teoría de que es preciso a la sociedad actual irse despojando de las viejas preocupaciones y de los viejos sistemas económicos, hasta llegar a un grado en que sea la tierra propiedad del trabajo y la moral el resultado de la libertad de instintos. Mas todo ello conseguido de una manera evolucionista, porque



BERNARD SHAW

implica una depuración intelectual, que es el sillar sobre el que podrá levantarse la nueva construcción social.

La violencia que se enciende de toda revolución no reza en los programas shawianos. El abomina de toda crueldad. Recordó cómo se enfureció frente a la guerra, cómo tronó contra su propia patria, acusándola hasta de egoísta por ir a pelear contra Alemania. (Véase el libro de Bernard Shaw, en que trata de la guerra y de la cuestión de Irlanda. Ha sido traducido—como todas sus obras—por D. Julio Broutá. Se titula *El porvenir del mundo*. En este libro, como en los artículos que publicó en el *Daily Chronicle*, fustiga a los políticos ingleses y expone sus ideas, encaminadas a sostener una estabilidad internacional, por aquel medio de sagacísima filosofía que expuso al Príncipe Lichnowsky. Estudió la Conferencia de la paz; la situación de Wilson y su influencia; la Liga de las Naciones, y cuantos problemas, en fin, afectan al porvenir del mundo.)

Escritor que se preocupa, ante todo, del fondo, Bernard Shaw es un dramaturgo rico en ideas filosóficas. En sus obras aparecen multitud de ideas que transforman la tesis de lo particular a lo general. Como Enrique Ibsen, con el que tanta afinidad tiene, busca las causas profundas que obran sobre los hombres, para reflejarlas en la escena. Entre todas sus ideas filosóficas hay dos que son los rieles sobre los que marcha, las directrices que se tienden a lo largo de todo su teatro. Una de ellas le hace emparentarse con Schopenhauer. (La reproducción de la especie, que se vale de la ilusión del amor.) La otra le aproxima a Ibsen. (La necesidad de liberar los instintos para la perfección humana.)

Bernard Shaw no es el sentimental que se deje llevar de lo aparente en el amor. El no olvida

nunca que el fin de la relación sexual es la reproducción humana, el sostenimiento del tipo. Y por esta teoría, que es la de Schopenhauer, el dramaturgo irlandés establece en sus obras un pugilato entre hombres y mujeres, que no es sino el llamamiento del ser que está por nacer. Las ideas del filósofo alemán hallan eco en la dramática shawiana, apareciendo en casi todas sus obras, y en algunas, como en *You never can tell* y en *Hombre y superhombre*, son el eje mismo. Gloria y miss Valentine, en la primera, y Susana Ramsden y John Tanner, en la segunda, ponen de manifiesto el parentesco filosófico que tiene Bernard Shaw con Schopenhauer. Ambas mujeres acosan y persiguen al hombre con la implacable obstinación de la Naturaleza, con el inconsciente fin de asegurar la propagación de la especie. Valentine vacila entre el horror a la esclavitud y los instintos, que le atraen hacia la mujer; y John Tanner trata de escapar de Susana y huye en automóvil. De nada le vale. La especie saldrá victoriosa.

La otra idea fundamental de la filosofía de Bernard Shaw y que le aproxima a Enrique Ibsen, es la teoría de la libertad de los instintos para la transformación humana. Esto implica una cosa: la emancipación. Y ya tenemos al autor irlandés emparentado con el noruego. Ambos buscan una transformación del individuo—de la mujer, especialmente—por medio de la evolución de las ideas de moral que se desprenden de la falta de libertad de los instintos. (Aquí también, con el filósofo del *Fundamento de la Moral*,

revela el verdadero principio de la moral, propio de la naturaleza humana, que tiene su fundamento en la misma esencia de los instintos del individuo, desdeñando el imperativo categórico de la razón práctica que estableció Kant.) Archibald Henderson, biógrafo de Shaw, ha escrito que para el autor de *Cándida* es una verdadera pasión proteger y defender al débil contra el fuerte. ¿Habremos de entender que se trata de fuerza física? En ninguna manera. Lo que Bernard Shaw defiende es el individuo débil ante la vida, por la posición que tiene en la legislación social. Y en tal sentido, ¿quién más débil que la mujer?... Por esto Bernard Shaw trata de dotarla de una posición social más fuerte y, como Ibsen, aboga por su emancipación; y por esto también protege a los jóvenes—débiles ante los padres—, y en *La profesión de Miss Warren's*, en *No puede decirse nunca*, en *El hombre amado por las mujeres*, en *El héroe y el hombre*, en *La otra Isla de John Bull* y otras obras, fustiga a los viejos y da el triunfo a la juventud, como Ibsen alzó igual protesta en *El constructor Solness* y en *Espectros*, donde Osvoldo es la injusticia de la fuerza sobre el débil, la ley de la herencia fisiológica.

Estos dos ejes filosóficos son la columna vertebral de las obras dramáticas de este genial autor, del cual dijo el crítico del *Times*, mister Grein, al hacer la crítica de *The Man of Destiny*: *Cuando se escucha una obra de Shaw, podrá salirse del teatro perturbado por ideas extraordinarias, pero siempre con un bagaje de reflexiones. El hombre—un verdadero hombre de originalidad—penetra a través de cuanto dice, y con sólo un fragmento ó una frase nos dice más, y nos estimula más intensamente a pensar, que pudieran hacerlo un centenar de obras de otros autores.*

José CASTELLÓN

LA ESTRELLA



¡Corcel, que á mi antojo galopas ó vuelas,
siguiendo los impetus de mi fantasía,
ni admities rendajes, ni aguantas espuelas;
tu genio te impulsa; tu instinto te guía!

¡El ansia frenética de tus herraduras
quiere el duro ritmo de los pedregales,
y los raudos ecos en las espesuras
repiten tus bélicos relinchos triunfales!

¡Hurra! ¡El sol desciende poniendo á tu paso
su rojo horizonte, sus bandas de fuego!

¡Arda en tus ijares el sol del ocaso,
y aventas sus llamas, y lánzate ciego
en la noche, partiendo en centellas
tus crines, rasgando sus senos oscuros
con rojos volcanes que alumbren tus huellas,
ardientes auroras de sueños futuros!

¡Galopa! Tus fibras de acero endurece
el aire abrasado que, ansioso, respiras
sorbando la atmósfera; corriendo, parece
que en vez de mi látigo te empujan mis iras.

¡Galopa! ¡No pises! ¡Machaca sin tino
la masa de carne, venal, lujuriosa
carroña que obstruye de Dios el camino
velando con sangre su estela gloriosa!

¡No cierren tu paso canciones, ni penas,
ni obstáculos de oro, ni vallas de amores;
despliega las alas; busca más serenas
costas de zafros, ráfagas mejores!

¡Busca en ese cielo misterioso el rayo
de una turbia estrella, de un astro perdido
y artero, que siempre me hirió de soslayo,
y la eterna burla de mi afán ha sido!

¡Es la mía! Todas hierven en facetas
que dan resplandores á los que protegen;
sueños á los que aman; gloria á los poetas;
fe á los que ilusiones y esperanzas tejen.

¡Ella, no! Su lumbre mortecina y vaga
se anima, me anima, y... apenas concibo
la ilusión dichosa, velozmente apaga
con rápido eneono su rayo furtivo.

¡Lánzate sobre ella! ¡Rompe sus cristales
vengando la eterna desdicha que lloro,
y húndanse en las negras noches siderales
sus restos, cual tristes maleficios de oro!

Leopoldo LÓPEZ de SÁA

DIBUJO DE AGUSTÍN AGUIRRE

LA BODA DEL PORTERO

CUENTO

DESDE que Sebastián había enviudado, aparecía como un hombre nuevo ante todas las sirvientes de la casa. Muchas habían reparado ya antes en su gran barba negra, cerrada, que le daba un aspecto tan marcial, con el uniforme galoneado, de gran mariscal. Sin embargo, ninguna fijó en él la atención, sabiendo lo unido que estaba á su mujer; aquella portera modelo que no se metía jamás en las conversaciones de las chicas de la vecindad, atenta sólo al arreglo de su casa y á cumplir lo mejor posible con los deberes que su cargo le imponía, que no eran pocos, pues aunque tenía sirviente para fregar la escalera, estaba todo el día ocupada con guardar los recados, la correspondencia y tocar á los timbres de los diferentes pisos para que bajasen á las llamadas del teléfono.

Siempre sería, dulce, atenta, parecía no ver nada, no enterarse de nada, para no hacer ningún comentario, sufriendo resignada las molestias de aquellas inquilinas, entre las que abundaban las damas de vida alegre y apariencias severas, que eran en exceso visitadas.

Cuando murió Margarita, fué generalmente sentida; pero el marido adquirió á los ojos de las muchachas una importancia que hasta entonces no había tenido.

Aquella silla vacía cerca de la vidriera de la portería las atraía á todas. Las convertía en candidatas á la mano del marido presunto.

Sebastián, siempre grave, algo triste, preocupado por el cambio de vida y por la pesadumbre de la desaparición de la compañera de tantos años, parecía no reparar en ninguna, y, sin embargo, tal vez por eso mismo todas seguían alentando su esperanza de verse elevadas á la portería.

Las que tenían novio, con el que salían los domingos, se habían ingeniado de manera, con excusa de sus señoras, para que no fuese á buscarlas. Algunas recordaban con pena las locuras que Sebastián había presenciado, sus escapatorias con los novios, y procuraban quitar importancia á todo aquello, considerándolo como inocente broma.

Ya ninguna quería chanzas con los tenderos de la vecindad, ni se entretenían en chicleos con el panadero, el repartidor de leche ó el carbonero. Se habían vuelto todas serias y juiciosas, aunque no por eso tardaban menos en los mandatos, pues siempre, para descansar de la escalera, se detenían un ratito en el portal. Jamás habían tenido tantos olvidos que las obligaran á salir tantas veces á la calle; pero no por eso se ponían de mal humor. Subían y bajaban cien veces con la mayor buena voluntad, y en ninguna casa de la vecindad había muchachas más compuestas. Ninguna bajaba sin ponerse los zapatos, las blusitas y los delantalitos blancos. El que salía ganando era el carnicero de al lado, donde todas compraban para estar más cerca.

Las señoras, sin saber á qué atribuirlo, estaban encantadas del buen servicio de las muchachas. Se habían vuelto todas madrugadoras, complacientes y tan limpias, que rivalizaban en cuál de los balcones del patio interior estaba más brillante en toda la casa.

Cuando el portero, que se levantaba temprano, sacudía las alfombrillas por la ventana de la escalera, se abrían como por un conjuro mágico todas las ventanas del patio interior y aparecían las chicas, ya peinadas y compuestas.

Unas hacían ruido, otras cantaban el último cuplé en boga:

«Bien sabes que á hierro muere.»

Algunas saludaban francamente: «Buenos días, señor Sebastián.»

Y el portero, sin alentar á ninguna, tenía una mirada para todas, que les permitía mantener su ilusión. Lo mismo para la vejeta, renegrida y flaca, del tercero, que para la redondilla y coloradota gallega del segundo, ó para la distinguida y aristocrática criadita del entresuelo.

¡Qué peladeros entre ellas! Se despellejaban sin piedad.

—¡Habrás visto facha! ¡Salir con los vestidos de su ama!

—Tan linda es la una como la otra. Yo no servía á una señora como la suya.

—¡Mira que llevar medias de seda! Eso no le pega á ella con lo que gana. Alguien se las comprará.

Se miraban hoscamente, como perros que gruñen en torno de la misma escudilla, y aunque no rompían francamente, se asaetaban á puyas irónicas, procurando decir delante de Sebastián todo lo que podía desagradarle.

—Te pasarás el día componiéndote y rizándote el pelo—le decían á una.

—Qué hermosos colores llevas hoy.

—Anda, que bien acompañada venía anoche tu señora.

Cuando les parecía que alguna era la preferida, se volvían todas contra ella.

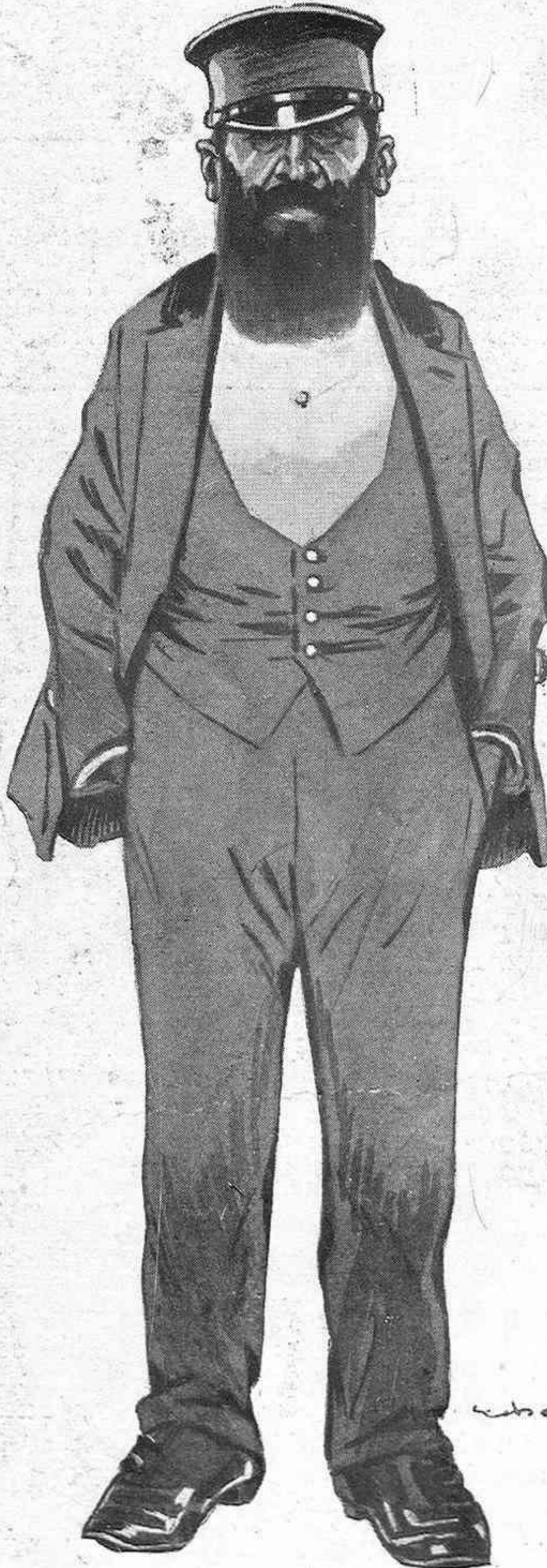
—Bien te gusta hablar con el pescadero.

—A ti te darán más baratas las coliflores, por el palique que te gastas con el verdulero.

—¡Qué guapo era el tranviario que venía contigo!

La interpelada se defendía bravamente.

—No he quedado yo para hacer caso de ese



tendero—decía en el primer caso—. No es cosa de ayunar tanto tiempo y desayunarse con tan poca cosa.

—No es mía la culpa de no ser una feróstica como otras—replicaba en el segundo; ó bien decía, burlona y casi contenta de que Sebastián la viese pretendida:

—¡Gracia que tié una!

Por instinto comprendían que para un viudo era más práctico conquistarla con la seriedad y la promesa de que encontraría en ellas unas buenas dueñas de casa, para saberlo gobernar y ahorrar una peseta. Los bailes y morisquetas no daban resultado con la experiencia de un viudo joven. Eran recursos para jovencillos ó para viejos. Los extremos.

En cuanto sonaba el timbre de la portería, corrían atropelladamente á buscar el recado; pero no solían volver con la misma prisa que habían acudido.

El éxito del portero se extendía hasta algunas de aquellas señoras que bajaban al teléfono ligeras de ropa, con las batas sueltas, y á veces hasta con los pijamas, y se entretenían hablando con él, sin que por eso perdiese jamás la corrección.

Solían llamarlo con frecuencia, ya las señoras, ya las criadas, para pedirle algún pequeño servicio. El sabía un poco de todo: arreglar una hornilla que no ardía, componer una llave de luz eléctrica que se había estropeado ó un grifo que funcionaba mal.

Las muchachas tenían buen cuidado de que estuviesen las cocinas limpias y de mudar todas las semanas los papeles de los vasares; sobre todo, á primero de mes, cuando iba á subir los recibos.

ooo

La noticia cayó como una bomba en la casa. Sebastián se casaba, se casaba, y no con alguna de las enamoradas que tenía en la casa, sino con una muchachita de su mismo pueblo, una jovencilla de veinticuatro años.

La noticia corrió por los pisos, propagándose rápidamente.

—Sebastián se casa la semana que viene.

El primer instante era de desconcierto para todas.

¡Qué guardado lo había tenido!

Se sentían ofendidas, como si hubiese abusado de su buena fe. Entonces, sin saber qué partido tomar, se unieron todas para criticar á la nueva portera.

—Será alguna santurrón de estas de pueblo que, por temor de Dios, no hablan con el novio más que debajo de las atocheras.

—Esas son las peores. Y le estaría bien que le saliera gata, porque es estar loco casarse un hombre viudo con una muchacha de veinte años.

—El es joven—replicaba alguna.

—Pero es viudo, al fin y al cabo. Lo que es yo, ¡pronto me casaba con él!

—Ni yo.

—Valiente barbasas.

Bien es verdad que, por un resto de sinceridad al afirmar aquello, no se atrevían á mirarse.

Tácitamente, todas habían tomado el acuerdo de disimular para que no se gozasen en su despecho. Sólo la curiosidad amenguaba algo su rabia. Ellas mismas tenían que ir á llevar los regalos de las señoras. Todos fueron regalos de rumbo; el portero era estimado de todas las vecinas, y la boda se anunciaba con todo lujo. La madrina era la dueña de la casa, en unión de un diputado, amigo de la señora, que habitaba en el segundo. Los magníficos regalos despertaban más la envidia y la rabia de las fracasadas.

—Le han regalado un reloj de oro.

—Y cubiertos de plata.

—Y una cartera.

—La madrina le ha enviado una magnífica colcha.

—También le ha regalado la mantilla.

—Llevará ramos de azahar.

—¡Claro!

—Tiene mejores regalos que ha tenido ese empleado que vive en el cuarto.

—Y más que la señorita del segundo.

Pero cuando ya no pudieron ocultar su furor fué el día del casamiento. La víspera había su-

bido de piso en piso Sebastián para invitar á las señoras y á todas las criadas.

¡Qué cinismo!
Como si se hubieran dado cita, se reunieron todas en el patio interior.

—¡Vaya un tonto! — dijo la renegrada del tercero, que por vieja y poco coqueta, se creía la mejor candidata — Yo le iba á regalar..., perdón, para la mesa de noche; pero hay que ver cómo nos ha convidado, para salir del paso, haciéndonos de menos.

—Y á última hora — añadió la rubita, que había tenido más ilusiones por ser la mejor vestida de todas y llevar medias de seda—yo tampoco pienso ir.

—Ni nosotras — agregaron las demás.
Y aquel pretendido desaire fué el pretexto para romper las hostilidades y no asistir al matrimonio. Pero todas se asomaron á los balcones cuando llegó la comitiva, de vuelta de la iglesia, en aquel landó de faroles blancos, con el cochero de librea, que llevaba una gran fusta adornada de flores de azahar. Habían asistido á la ceremonia casi todos los señores de la casa, y los chiquillos gritaban desafortadamente:

—¡Viva el novio!

—¡Viva la novia!

La hubieran querido matar con los ojos al verla salir del coche, ligera y pizpireta, con su traje negro y su hermosa mantilla de encaje. ¿Y Sebastián? ¡Si iba hecho todo un caballero! Sin la librea, con su traje negro, flamante, y su sombrero hongo. Parecía remozado... y hasta se había afeitado la barba.

Entonces, para vengarse, evocaban el recuerdo de la portera muerta.

—¡Pobrecita! ¡Quién se lo había de decir! ¡Si ella levantara la cabeza!

□□□

Pasaron los días; el malestar era creciente. Habían permanecido en la casa para disimular unas delante de las otras y que no se gozasen en su disgusto; pero ya no podían resistir más.

Cada vez que tenían que pasar delante de la portera se sentían humilladas, viendo á la nueva portera sentada junto á la cristalera, en la misma silla de la otra.

Y no encontraban qué criticar: todo estaba limpio, cuidado; de la portera salía, á las horas de comer, un olor á guisos bien sazonados que trascendía en toda la casa. La Filo era una mu-

jer arreglada, tan afable, seria y poco entremetida como la otra. Se conocía que Sebastián sabía educarlas. No hablaba una palabra de más.

¡Y si, al menos, hubiera sido fea!

Y todas ellas tenían que hablar con la portera, llevarle recados, preguntarle cosas; entrar en la portería, para hablar por teléfono, cuando estaban los dos solitos, comiendo, en aquella mesilla limpia, de mantel blanco, tan bien puesta, con sus platos de loza fina, su cristalería y sus cubiertos brillantes, donde campeaba la botella de vino y los platos bien condimentados. ¡Vaya si se cuidaban!

Aquel espectáculo era insufrible. La primera que se despidió fué la rubita del entresuelo; después, la renegrada del tercero; les siguieron la gallega del segundo, y la cocinera del cuarto, y la doncella del primero; y así, una detrás de otra, las de todos los pisos, de la derecha y de la izquierda.

No quedó ni una sola de las antiguas criadas de la casa á las dos semanas de la boda del portero.

CARMEN DE BURGOS

DIBUJOS DE ECHEA



MONASTERIOS DE ESPAÑA CARTUJA DE MONTALEGRE

EN uno de los recordos que forma la Sierra que separa el plateado mar latino, del llano del Vallés, entre Badalona y Tiana, á unos diez y siete kilómetros de Barcelona, y perteneciente á aquella última villa, se encuentra la gran fábrica cartujana. Dada su gran extensión y el sinúmero de celdas que en ella figuran, presenta un panorama que, visto á cierta distancia, produce al visitante la sensación de un pequeño pueblo con edificios modernos.

Débase su fundación á D.^a Blanca de Centellas, noble dama, que en 1344 ya lo había instalado en su propio palacio, en las cercanías de Tarrasa, bautizándole con el nombre de Monasterio de Valparadis. La unión de este cenobio con otra cartuja llamada San Pablo de Maresma, ocasionó el traslado de la de Valparadis, y juntas se instalaron en la cúspide

más próxima al lugar que hoy ocupa, paraje conocido en la actualidad con el nombre de Conrería, que conserva desde aquella época. La unión de estos dos Monasterios fué confirmada por el Papa Eugenio IV en 1433.

Habiendo adquirido en aquel entonces el Monasterio gran importancia, y necesitando más espacio, acordó la Comunidad la construcción de un nuevo edificio, mucho más amplio, empresa que se llevó á cabo, empezando á ocuparse en 1448.

La construcción de la nueva Cartuja no se efectuó rápidamente. A causa de su gran coste, tuvo que sufrir ciertas interrupciones, no obstante ser numerosos los donativos recibidos de particulares, así como también la gran protección que le prestó el Monarca aragonés Alfonso V y su esposa Doña María, la cual tuvo á gran honor visitar esta casa de religiosos.

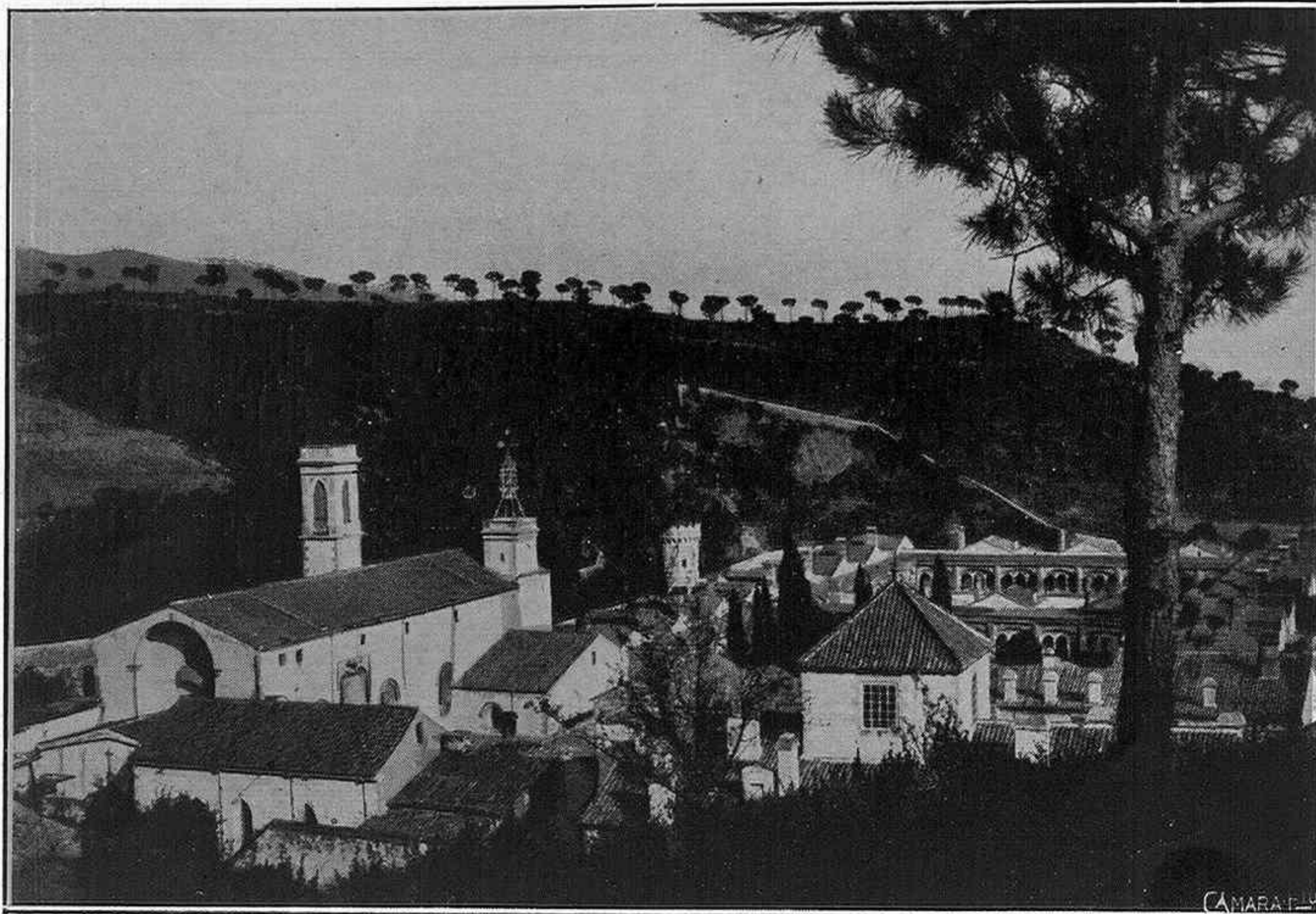
Terminada la obra, fué pasto de las llamas y de numerosas mutilaciones por parte de manos sacrílegas, quienes en época de revueltas acabaron con todas las obras de arte que aquel grandioso cenobio disfrutaba.

El último saqueo tuvo lugar en el año 35, á partir del cual pasó el edificio, con sus propiedades, á favor del Estado, el cual lo vendió, disgregado, á particulares, y de mala manera.

Más tarde adquiriólo nuevamente la Orden por una gran suma.

Del ayer poco queda, exceptuando parte del templo y los claustros. Todo el Monasterio ha sido restaurado, á la par que con mucha sencillez, procurando darle el mayor parecido á su primitiva construcción.

De valor arqueológico sólo posee el claustro *Recordationis*, situado al lado de la iglesia, en cuyo centro existe un precioso brocal de piedra, de mucho mérito. Los otros dos claustros, mayores en dimensiones que éste, fueron construidos posteriormente, aunque iguales á aquél. En ellos hallanse situadas las celdas, que ascienden á veintinueve, pues la del padre prior está en otro lugar. Todas ellas son de idéntica forma y dimensiones. Tiene cada una doce metros cuadrados, la mitad jardín y la otra



Vista general de la Cartuja de Montalegre

mitad la forman tres piezas: la primera, la antecámara; la segunda, la celda, y la tercera, el taller ó laboratorio. En la puerta de cada celda, y en su dintel, hay una preciosa pintura, representando á algún santo, y debajo del mismo un

distico latino, el cual hace referencia á la vida de aquél ó algún hecho histórico del mismo.

También se conserva el estanque, que se aprovechaba como criadero de tortugas, de cuyo animal se extraía el caldo para alimentar á los monjes enfermos, pues los cartujos no pueden probar la carne.

Dispone además este notable Monasterio de enfermería, hospedería, sastrería y de una importante biblioteca, que alcanza á 12.000 volúmenes, entre los cuales se hallan obras de alguna antigüedad y reconocido mérito.

Por lo que respecta á joyas artísticas, posee en pinturas un hermoso fresco en las paredes de la galería del claustro *Recordationis*, que representa á San Bruno y sus fundaciones, de un colorido muy acertado. Es notable también el cuadro de Santa Catalina de Siena,

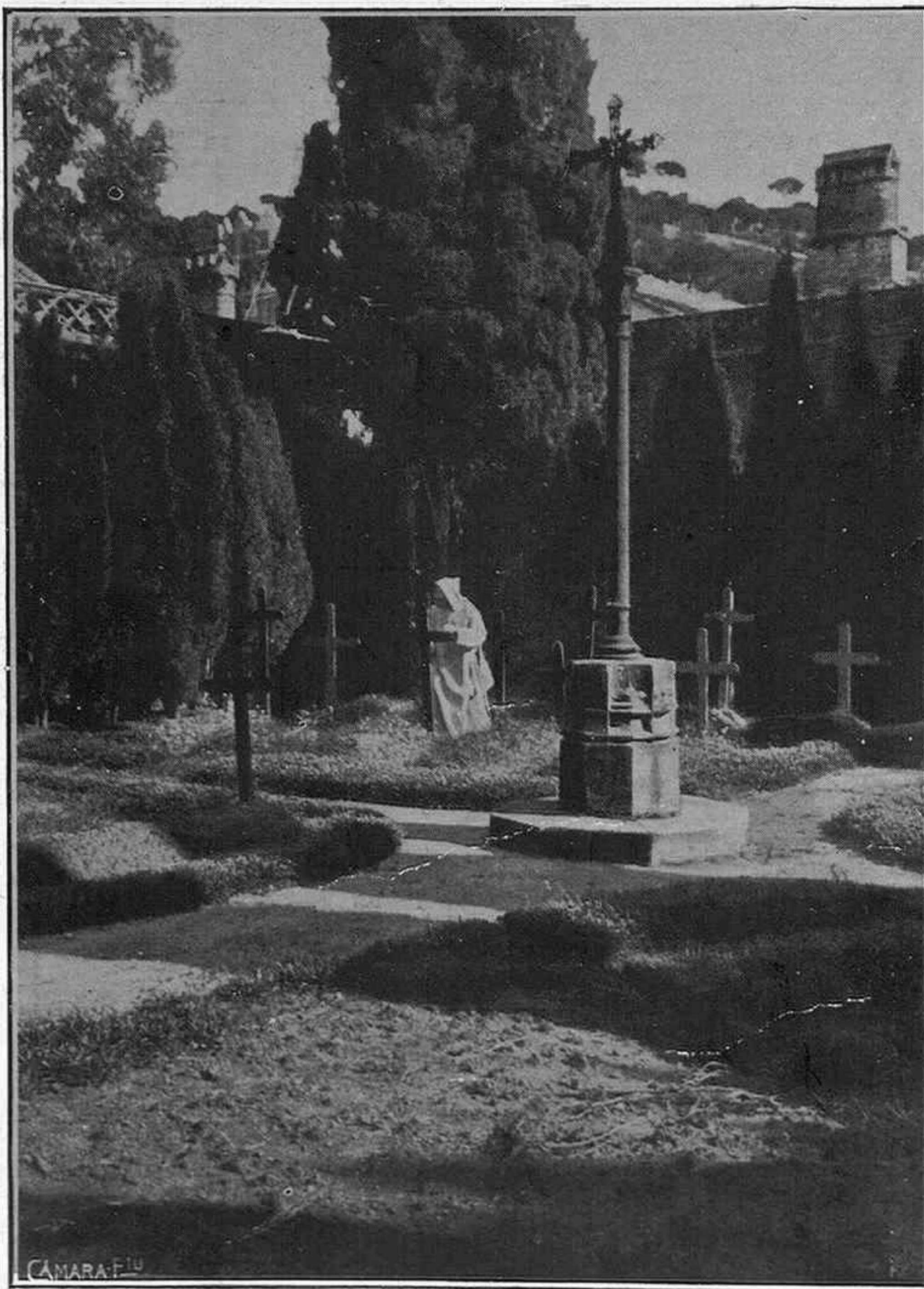
que está en la capilla de los Hermanos, obra del siglo XVII y de autor desconocido. Siguen á éste en mérito, y de la misma época, el que representa á San Luis, Rey de Francia, y otro de Santa Catalina, de menos valor artístico. Guárdanse en la capilla-sagrario dos valiosas joyas artísticas: una diminuta escultura representando á San Bruno, de una talla magnífica, cuyo artífice se cree fué un religioso de la propia Comunidad, y un Santo Cristo de mármol, cuya ejecución es extraordinaria, también de autor desconocido. Venéranse en la propia capilla infinidad de reliquias procedentes de las catacumbas de Roma. De las otras muchas joyas que poseía la Cartuja, unas desaparecieron cuando la quema y otras se hallan en poder de particulares.

Empotradas en las paredes de la galería de capillas menores se guardan cuatro preciosas lápidas de distinguidos personajes, entre ellas la de su fundadora D.^a Blanca.

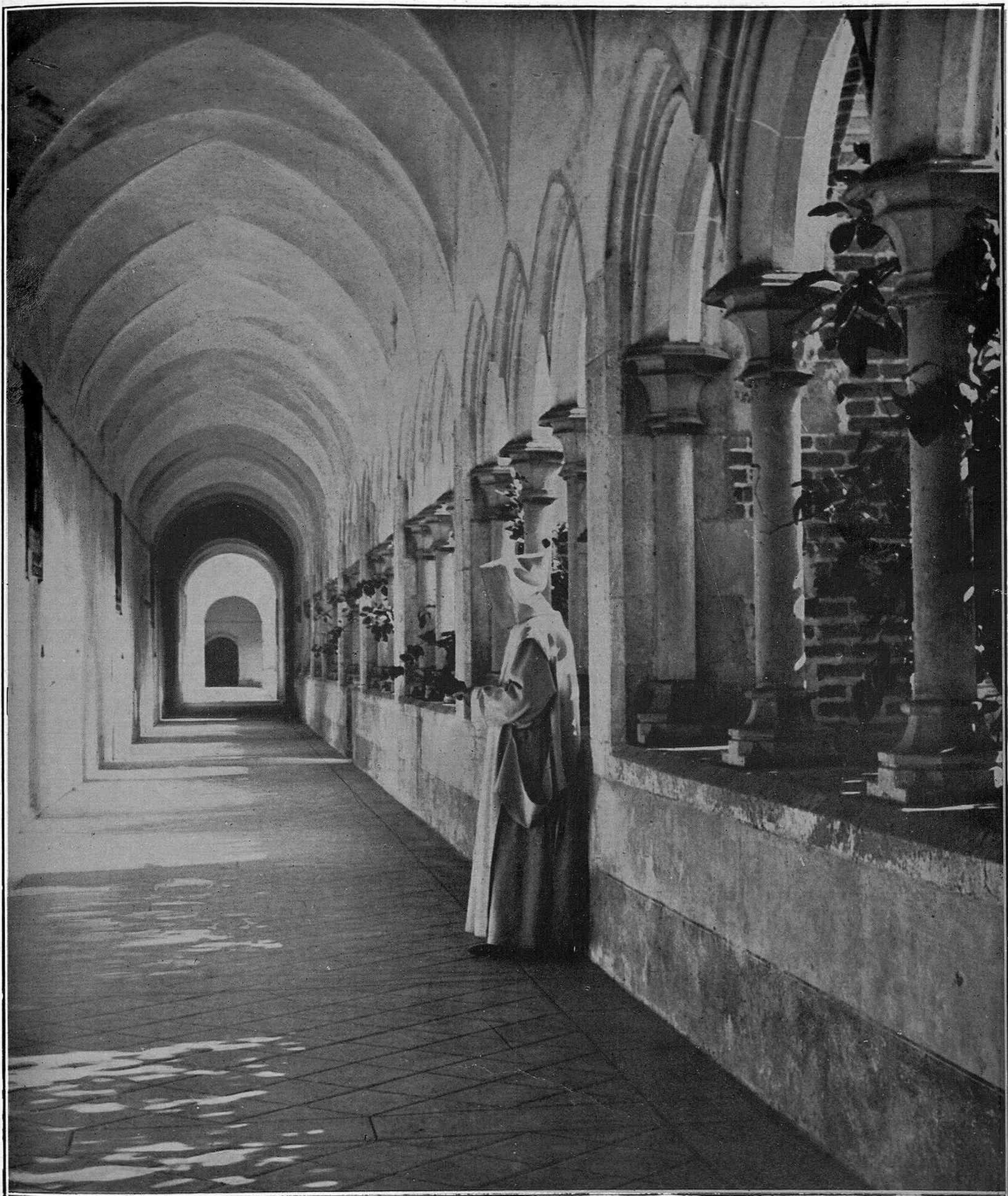
En la parte exterior de los muros de la iglesia aún se conserva un reloj de sol, en el cual existen dos inscripciones latinas del año 1586, cuya traducción se reduce á lo siguiente:

«Quizás sea esta tu última hora.»

La vida del cartujo se reduce á la contemplación. No pertenece á ninguna Orden militante; la oración y el estudio son su norma. Salvo las horas del rezo conventual, pásase solitario en su celda, rezando, estudiando y trabajando en el taller ó laboratorio. A base de esparcimiento, cuida el pequeño jardín que cada celda posee. No puede hablar con nadie, y come solo, excepto los domingos y días festivos, que se reúne con la Comunidad en el *refectorium*, y aun en esta comida debe guardar silencio, pues durante la misma un hermano, subido en un púlpito que hay en tan amplia dependencia, y con un cántico característico, ameniza el acto con la lectura de la Sagrada Biblia. Únicamente pueden reunirse estos religiosos una ó dos veces por semana, y aun las conversaciones deben versar sobre asuntos espirituales.



El Cenerio de la Cartuja



Una galería de la Cartuja de Montalegre

FOTS. CANO BARRANCO

Distinguese esta Comunidad por el sinnúmero de limosnas que á diario reparte á cuantos menesterosos allí acuden. No cabe mayor humildad y bondad en el trato con sus dependientes y con cuantos forasteros visitan tan santa casa. Por mi parte, he de hacer constar el más entusiasta agradecimiento por las atenciones de que fui objeto por parte de los padres prior y procura-

dor, en las varias visitas que efectué á esta gran Cartuja, con el fin de obtener detalles para la extensa monografía que de la misma pronto publicaré.

Sirva todo lo dicho como un resumen, que es cuanto puede hacerse tratándose de un trabajo de esta índole.

Con ello, y las fotografías que acompañan

esta información, podrá formarse el lector una idea de lo que es en la actualidad la Cartuja de Montalegre. Así como también del régimen de vida de sus moradores. Vida que tiene por base la soledad y el silencio.

PEDRO CANO BARRANCO

Barcelona, Febrero 1921.

LA CAPITAL DE AUSTRIA



Viena.—La plaza de San Carlos, con la iglesia del mismo nombre

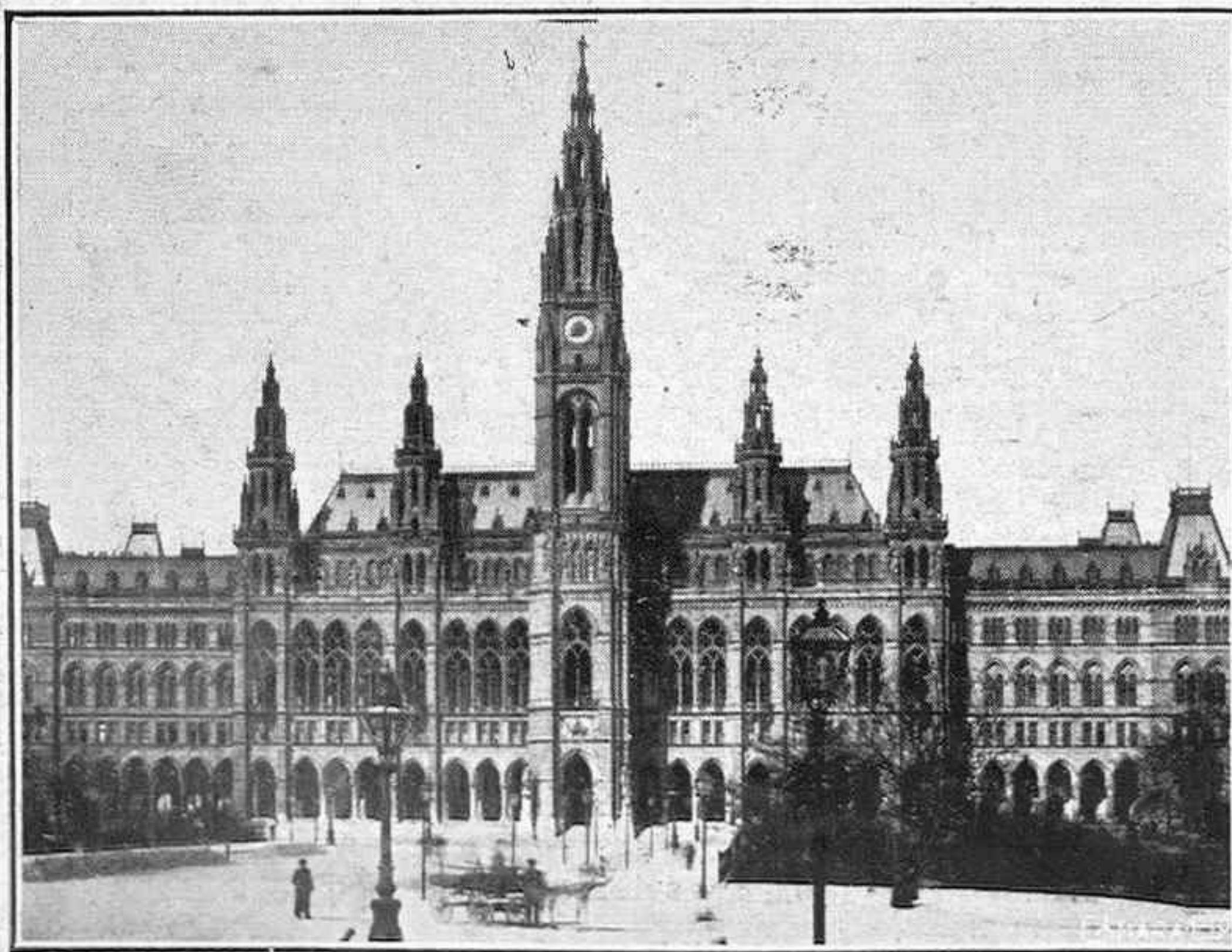
Por ser muy diversas y aun contradictorias las opiniones de los escritores antiguos respecto al verdadero origen de la ciudad de Viena, todos los historiadores contemporáneos parten del tiempo en que los romanos la fundaron, dándole el nombre de *Vindobona*. Sabido es que más tarde los ruginos la llamaron *Viana*, de cuyo nombre provienen los de *Wien*, *Viena* y *Vienne*, en alemán, español y francés, respectivamente.

Dentro de los muros de la histórica *Vindobona* murió Marco Aurelio, cuando la actual capi-

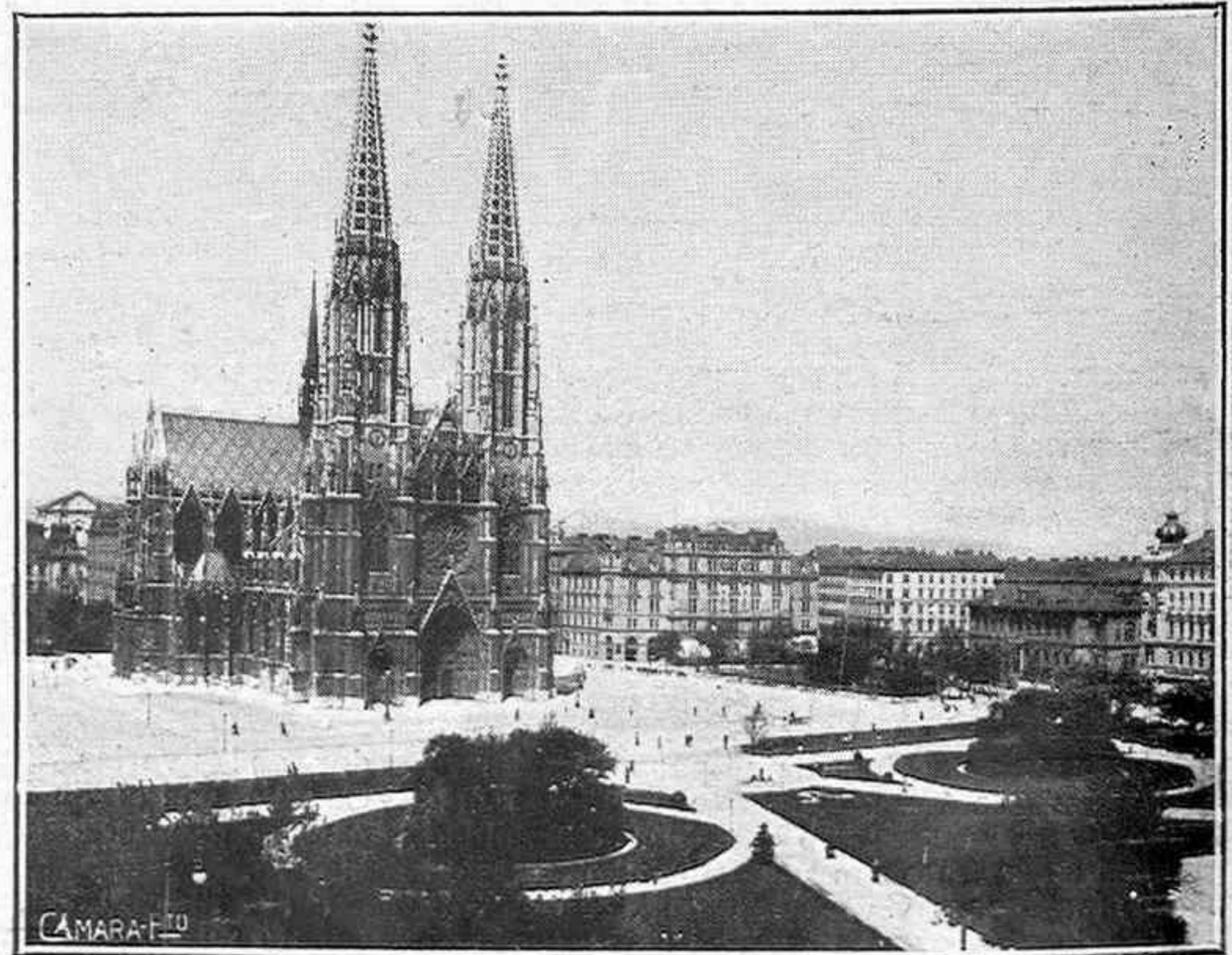
tal de Austria era una insignificante aldea, carácter que conservó hasta principios del siglo XII cuando, vencidos los húngaros, se estableció en ella Enrique II Jasomirgott, de la casa de Babenberg, duque de Austria. Poco a poco fué floreciendo Viena, gracias al impulso que le dieron los Cruzados, y al morir Federico *el Belicoso*, en 1246, la ciudad se había extendido tanto, desde la orilla derecha del Danubio hasta los contrafuertes de los Alpes, que su recinto era probablemente el mismo que tenía á mediados del siglo pasado. Hoy es Viena la cuarta ciudad de

Europa, en cuanto á su población, y en extensión ó superficie, la primera.

Vencido Ottokar de Bohemia, en la segunda mitad del siglo XIII, por el Emperador Rodolfo de Habsburgo, el feudo austriaco pasó al duque Alberto. En 1484 sufrió Viena un sitio que duró cuatro meses, puesto por el Rey de Hungría, en cuyas manos cayó la ciudad á mediados del año 1490. Aduenóse de Viena, luego, Maximiliano I, y, después de una época de paz y prosperidad, los turcos le pusieron sitio en 1529, con un Ejército de 200.000 hombres, á las órdenes de Solí-



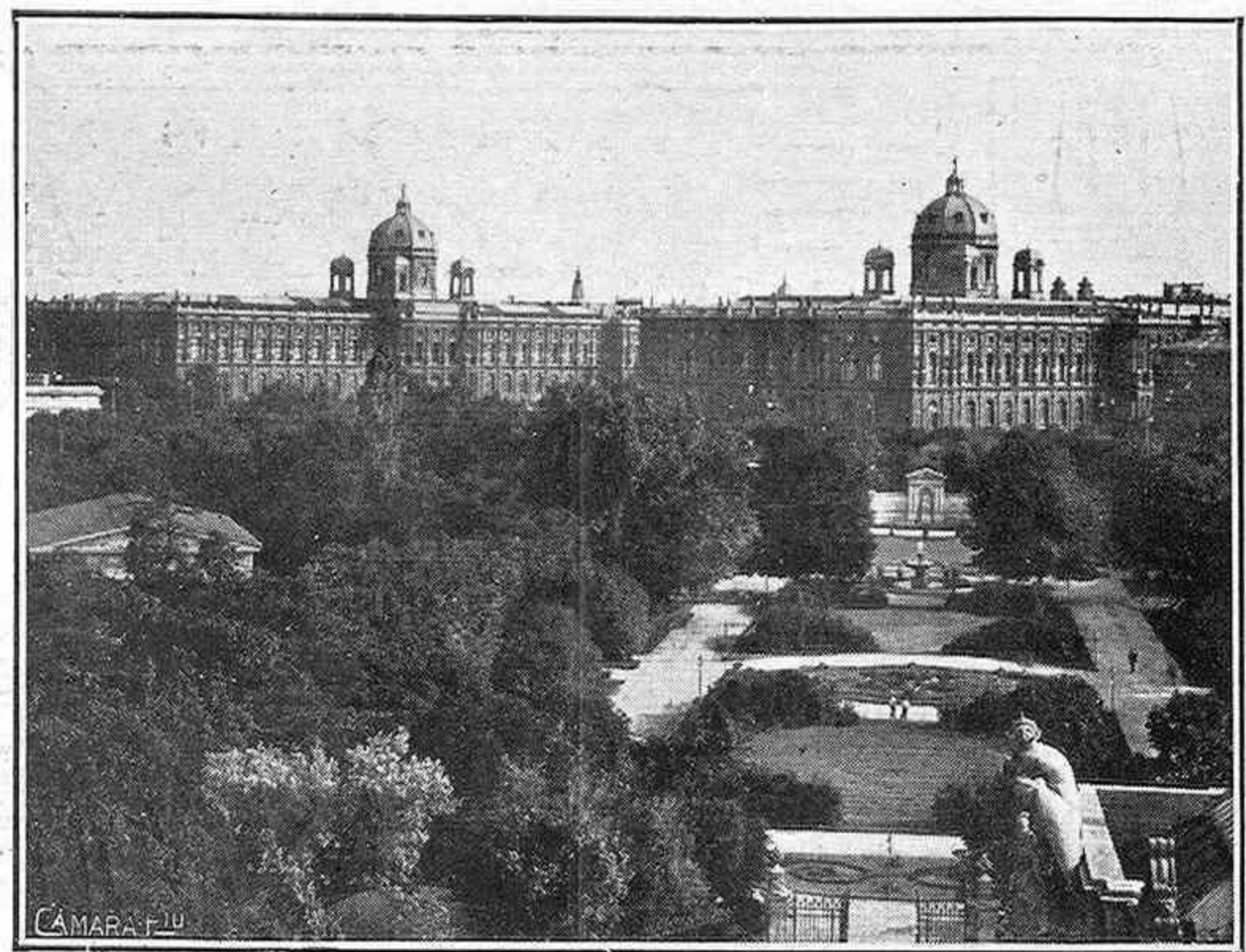
La Casa-Ayuntamiento



La iglesia votiva



Vista parcial de Viena



Los Museos Nacionales

mán II. Después de la consabida victoria sobre los turcos, en 1529, y de una segunda victoria obtenida en 1583, cuando la nueva tentativa turca, Viena se desarrolló y progresó rápida y enormemente.

No me propongo seguir paso a paso la narración histórica de esta capital, que, como casi todas las ciudades antiguas, ha sentido los efectos de todos los azotes, y que en la actualidad es una de las ciudades más desgraciadas del mundo. Sin embargo, á pesar de la crítica situación por que atraviesa, la importancia de Viena será siempre mayor, porque, situada en el corazón de Europa, forzosamente tendrá que seguir siendo el puente que una el Occidente con el Oriente europeo, y el punto de reunión de todas las razas abigarradas que pueblan las riberas danubianas.

Viena es la patria nativa ó adoptiva de aquellos grandes genios musicales que se llamaron Beethoven, Schubert, Mozart, Haydn, Liszt, Strauss, Lanner, etc., quienes, con la legión de médicos, sabios y artistas que aquí nacieron, han hecho de la capital de Austria uno de los centros de cultura más importantes del orbe. Desde el punto de vista arquitectónico y monumental, pocas capitales hay que puedan competir con Viena, donde el excursionista puede admirar innumerables iglesias y palacios, que llevan la pátina de los si-

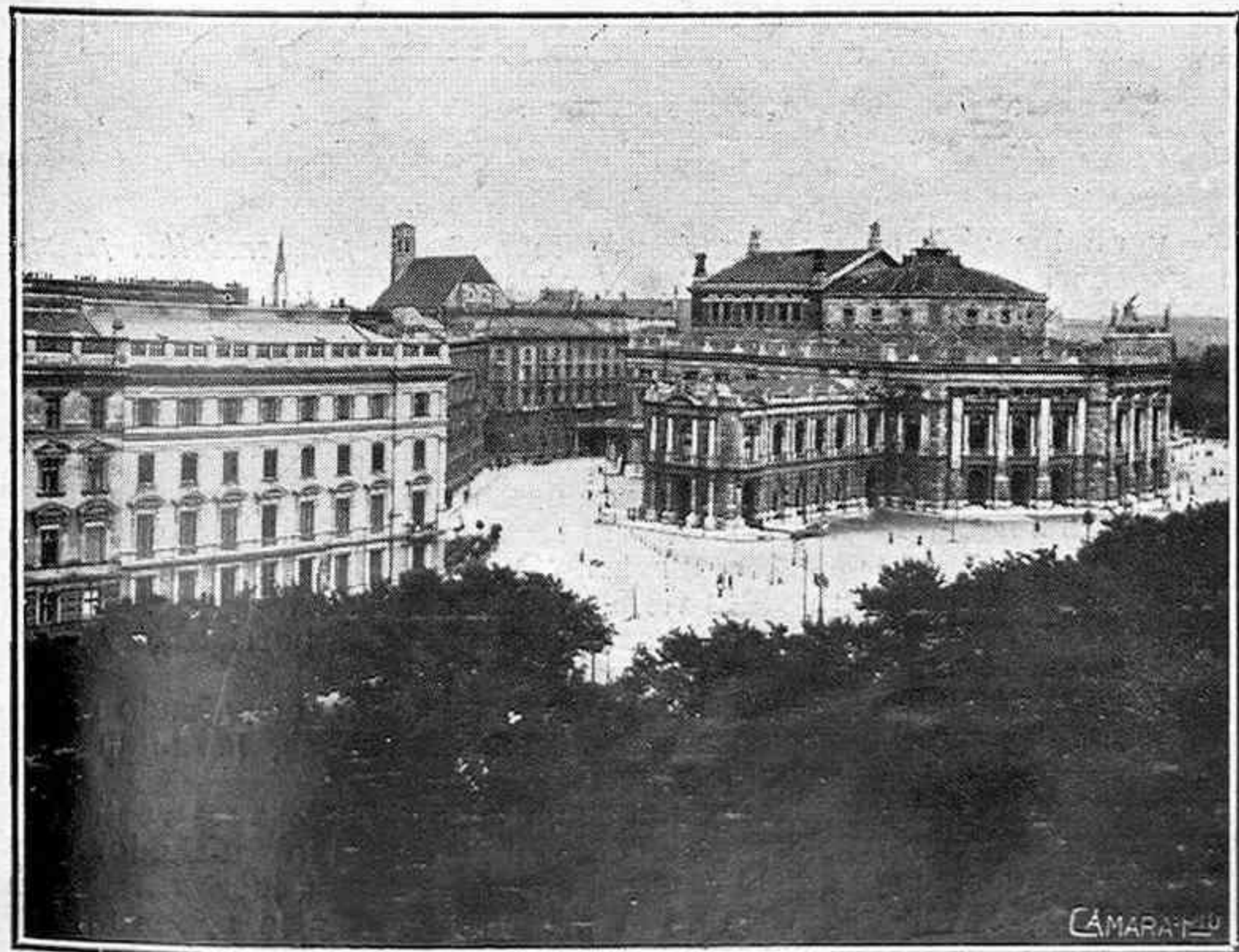


El Ministerio de la Guerra

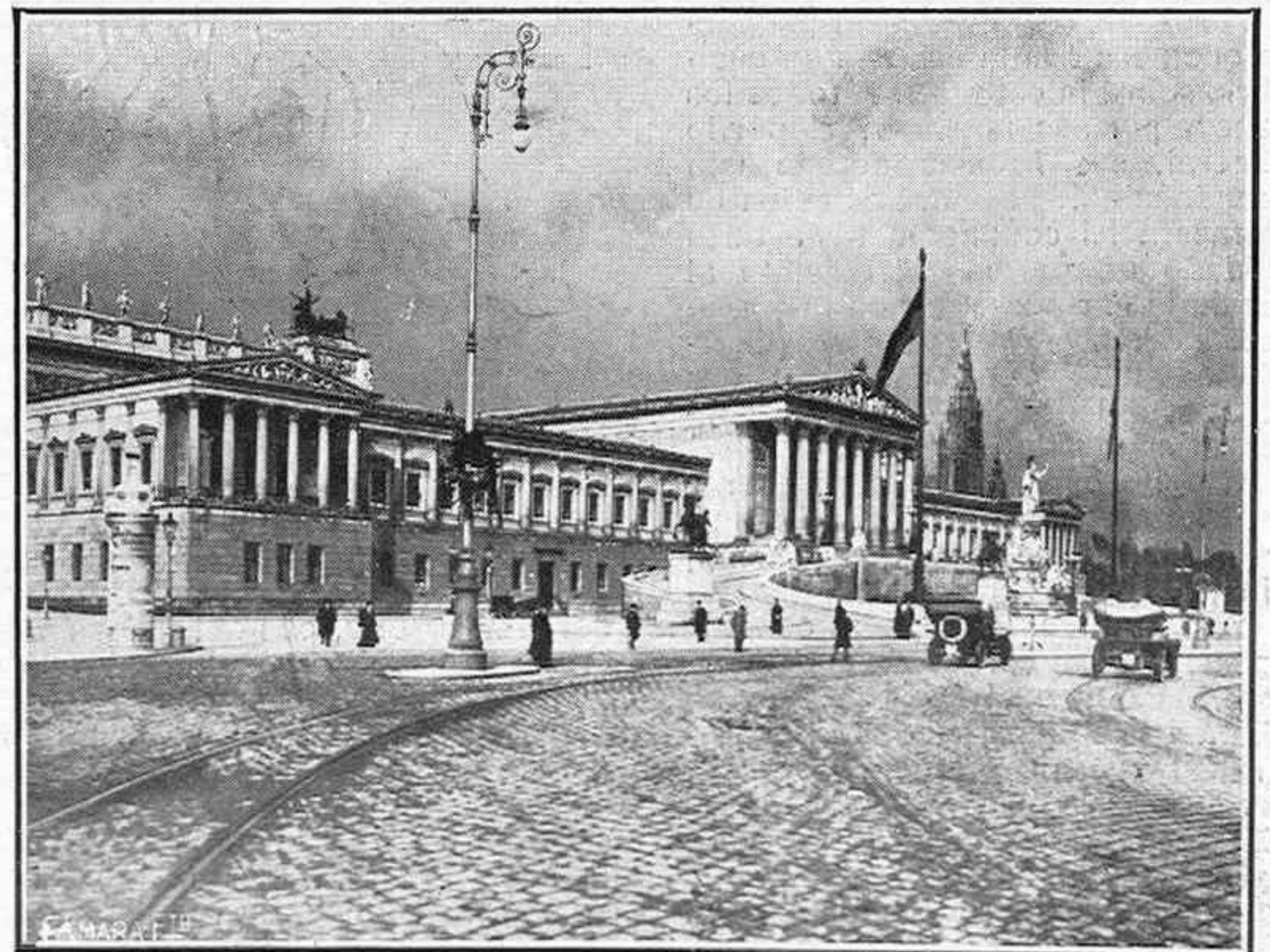
glos, y muchísimos edificios modernos, de arquitectura elegante y del gusto más exquisito.

Un viejo adagio dice: *Viena es una perla engarzada en el corazón de Europa*. Y, en efecto, no hay exageración en ello, pues la capital austriaca es verdaderamente encantadora. La grandiosidad de sus iglesias; el esplendor de sus palacios antiguos; la elegancia de sus edificios modernos; sus numerosos monumentos; sus plazas históricas y sus espaciosos parques y jardines, hacen de Viena una ciudad sumamente agradable y simpática, cuya hermosura contribuyen á realzar el caudaloso y poético Danubio, la pintoresca Selva de Viena, los verdes lagos de sus alrededores y, en el horizonte, los picos nevados de los Alpes.

Las fotografías de la *Viena moderna* que aquí reproducimos (la *Viena antigua* merece capítulo aparte) darán al lector una somerísima idea de la importancia de esta capital, que si en los actuales momentos llora resignadamente la terrible desgracia que sobre su inocente cabeza ha caído, y soporta con admirable estoicismo los dolores más atroces que el hombre imaginarse puede, es porque está convencida de que en un porvenir no muy lejano volverá á ser lo que durante muchos siglos fué: *Una perla engarzada en el corazón de Europa...*—DANUBIO
Viena, Enero de 1921.



El Teatro Nacional



El Parlamento

HORAS MADRILEÑAS
LA DE LA COMPRA

Lo primero que hacemos al poner los pies en la calle es consultar el día.

Es primavera, casi verano. Corre un vientecillo agradable como una caricia fresca y perfumada que invita á respirar honda y ampliamente. La ciudad comienza á ser invadida por el naciente sol, más brillante y más alegre que durante el resto del día. Las fachadas se van vistiendo de luz dorada, y los cristales de los balcones fulgen como si fueran láminas de oro. El Cielo es un toldo de azul cobalto, con algunos transparentes velloncitos de nubes. En los jardines públicos, los pájaros pían desesperadamente. Una bandada de aviones vuela en derredor de una torre.

Los ruidos tienen á esta hora sonoridades agradables... El timbre del tranvía, la esquila del «simón», la campana de la parroquia, la sirena del automóvil, la bocina de los obreros que tienden el cable de la luz eléctrica y los pregones de los vendedores... Todo se percibe perfectamente, sin esa confusión que aturde y deprime durante el resto del día...

No hay bullicio por las calles, ni apreturas en el tranvía, ni malhumor en el público. Los viandantes caminan con un gesto meditativo. Todos van trazando mentalmente sus quehaceres del nuevo día.

Es un público especial, compuesto de empleados, militares, peinadoras, mecanógrafas, curas, beatas y, en su mayoría, cocineras...

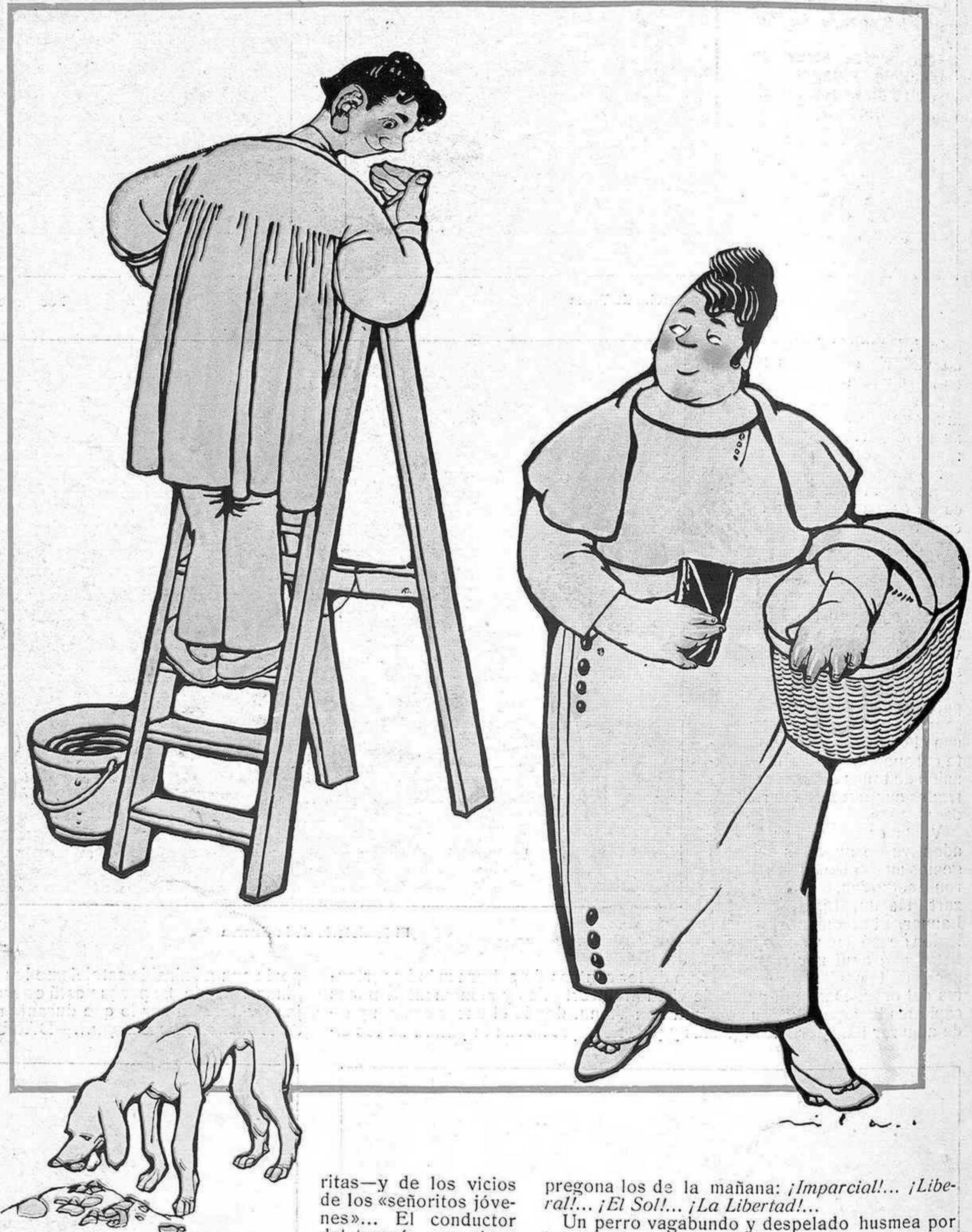
Estas últimas invaden todo con sus grandes cestas, sus caderas opulentas y sus pechos inflados. Son comunicativas y ordinarias. Les gusta gritar, decir procacidades y hacer alardes de dinero con el bolsillo de piel negro desechado por la señora ama. La cocinera de casa grande, esa que se da zaragatona en el cabello, tiene arrebolados la nariz y los carrillos y finge al hablar una chulería sin gracia, es odiosa, detestable...

Mientras que espera el tranvía que ha de llevarla al mercado, le gasta bromas groseras al infeliz hortera de ultramarinos que está encaramado sacando brillo á la luna del escaparate; después, al panadero que pasa con la banasta en equilibrio sobre la cabeza... A todos los conoce por sus nombres, y, por lo general, sus bromas acusan una gran inquietud sexual. Se acerca un tranvía... El conductor tiene buen cuidado de pararlo justamente al pie de la cocinera. Sube á la plataforma delantera con su cesta enorme, sus abundantes caderas y sus pujados pechos... Arrolla al militar, al empleado, al guardia municipal y al cartero... Todos la miran con desprecio, menos el conductor, que le sonríe y coloca la cesta á su izquierda, sobre otras dos que ocupan casi todo el sitio...

Ya instalada, la cocinera comienza á dar rienda suelta á su carácter comunicativo y chirigotero... Conoce al conductor, y el conductor á ella... El se llama Hipólito, y ella, Maximiliana. Traban un diálogo plebeyo de picardía, deseo y promesas. No se preocupan de que los demás viajeros les escuchan y les miran sorprendidos.

Observad qué identificación tan absoluta existe entre la cocinera y el empleado del tranvía... Es curioso...

Ellas, á voz en grito, hablan de las flaquezas del señor, de las debilidades de la señorita—para las cocineras, sus amas son siempre seño-



último, le ofrece el refugio de su corazón para un caso desesperado. Rompen la conversación en carcajadas. El tranvía se detiene en una calle que conduce al mercado.

Las tres cocineras se despiden afectuosamente y, con delicadeza y discreción, dejan caer un «perro gordo» sobre la caja del motor. El conductor les alarga la cesta con extraña amabilidad, y, antes de marchar, las sonríe larga y maliciosamente...

Hasta la calle aristocrática y principal llegan los vendedores que no cupieron dentro del mercado. Puestos de fruta, en los cuales se destaca la mancha dorada del montón de naranjas, verduras y huevos...

Aturde y mata todos los ruidos el alboroto del mercado.

Esquina á un café, un vendedor de periódicos

ritas—y de los vicios de los «señoritos jóvenes»... El conductor del tranvía, que sigue el diálogo, indaga, pregunta y aconseja. Por

pregona los de la mañana: ¡Imparcial!... ¡Liberal!... ¡El Sol!... ¡La Libertad!...

Un perro vagabundo y despelado husmea por las esquinas.

Pasan coches con grandes letreros en la caja anunciando varias industrias...

El vendedor de décimos pregona su número, y el trapero se detiene en cada esquina y, con un gran saco al hombro, lanza su larga canturía: «¡Trapero!... ¿Quién vende traapito viejo, muebles viejos; quién veeende?...»

Pasa un carro tirado por un borriquillo y cargado de inmundicias.

Una docena de barrenderos, empujando perezosamente las grandes escobas, levantan una nube de polvo...

Refugiado en un «simón», asoma su rostro de pierrot y sus ojos de sueño el trasnochador que quedó rezagado después de una juerga...

Esta es la prosaica hora de la compra... La hora desconocida para el burgués orondo y satisfecho de la vida...

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE RIBAS

AL-MANSURA, "LA VICTORIOSA"

INGENTES, solitarias cual las majestuosas ruinas de Nínive y Babilonia, yacen los despojos de la metrópoli famosa del Norte de África, que, por triste ironía de la suerte, se llamó Al-Mansura, *La Victoriosa*...

Hubo siglos atrás un irreductible antagonismo entre dos dinastías musulmanas rivales: la de los Beni-Merines de Marruecos, tan nombrados en nuestras historias, y la de los Abd-el-Uajad, que reinaban en el efímero reino argelino que tenía su capitalidad en Tlemsen, la Tremecen de nuestras crónicas, en cuya comarca se produce el afamado trigo tremecino, la Granada del Norte de África...

En las mareadas de la guerra y el veleidoso acariciar de la fortuna y la victoria, los ejércitos de uno y otro bando llegaban alternativamente hasta los muros de las respectivas capitales...

Yusuf-Abu-Yakub, nieto del fundador de la dinastía Beni-Merín, el vencido por D. Alfonso *el Sabio* en la última invasión africana en España, se propuso acabar con la tradicional enemistad del reino vecino de Tlemsen; que nunca hay peores enemigos que los vecinos.

Para ello se aprovechó de la coyuntura de haber prestado asilo el Sultán Abu-Said á su propio hijo Abu-Amer, que se había rebelado contra él pretendiendo proclamarse Sultán antes del término natural.

Aprestóse el padre agraviado y el Monarca vengativo á resarcirse del doble desafuero, y dispuso la organización de un poderoso y lucido ejército, como nunca se había visto otro semejante en todo el Norte africano. Algunos cronistas árabes hacen subir la cifra de los combatientes hasta 20.000, cifra considerable en todo tiempo y más en aquellas ya lejanas fechas.

Formaban parte del mismo, milicias de renegados cristianos de todas las naciones. También iban Cuerpos voluntarios españoles, pues Abu-Yakub había pactado, después de su vencimiento por Alfonso *el Sabio*, con éste, poniéndose á su lado, frente á la rebeldía de su hijo Sancho.

El Destino hacía sufrir al unísono á ambos Monarcas las traiciones y deslealtades de sus primogénitos. La amargura que les deparaban sus hijos ingratos fué sin duda vínculo que los unió, como antes les separaron el encono de las armas.

Púsose en marcha el imponente ejército marroquí en demanda de Tlemsen, donde estaba refugiado el hijo rebelde. Las corazas bruñidas reflejaban la luz del sol como límpidos espejos. Y al frente de este imponente aparato de fuerza y poder se puso el propio Sultán para conducirle á la épica contienda.

Llegaron al fin ante los muros de la plaza enemiga, bien pertrechada para la defensa, y comenzó el cruel asedio.

Largos años, diez y siete, duró el sitio, durante los cuales el ejército sitiador trocó paulatinamente su primitivo campamento en una ver-



La Torre de Al-Mansura

dadera y magnífica ciudad, vecina y rival de la enemiga Tlemsen, á la que iba sobrepujando en belleza, magnificencia é importancia.

El Sultán mandóse construir un soberbio palacio, donde atesoró todas las suntuosidades y riquezas de los soñados palacios de *Las mil y una noches*, trasladando á él su propio harén desde sus palacios de Marruecos.

Y por remate de magnificencia tanta, en medio de la nueva ciudad, surgida como por arte de encantamiento, se alzó la atrevida torre de una suntuosa y monumental mezquita, desde cuyo alminar lanzaba el almuédano, á los cuatro vientos, la llamada al recogimiento y la plegaria de los fieles.

Y á esta ciudad magnífica se le impuso, como anticipado nuncio del triunfo, el nombre de Al-Mansura, esto es, *La Victoriosa*.

No tuvo, sin embargo, el Monarca merinida la satisfacción de ver rendida la ciudad enemiga, pues al cabo de los diez y siete años que duró el asedio fué asesinado por un esclavo al salir del harén.

Siguió, sin embargo, el sitio con varias alter-

nativas por el hijo de Abu-Amer, que sucedió á su abuelo en el reinado, dándose ahora el caso contrario de que el hijo ponía sitio á la ciudad donde estaba refugiado el padre.

Levantólo, sin embargo, por poco tiempo, y sus sucesores lo reanudaron, consiguiendo, al cabo, el Sultán Abul-Hassan, después de cuarenta y siete años de sitio, penetrar en el recinto tan valiente y tenazmente defendido, imponiendo al enemigo el duro dogal de la esclavitud.

Pero no hay fuerza ni poder eterno sino el de Dios.

En efecto: declinaron los benimerines, y á poco consiguieron rehacerse los vencidos, y Al-Mansura, *La Victoriosa*, que se alzaba insolentemente frente á Tlemsen como monumento insultante de su vencimiento pasado, fué arrasada, reducida á cenizas. Y los tlemsenianos llevaron á su vez la guerra, y la desolación y la ruina hasta los mismos muros de Fez, la capital de la dinastía enemiga. Y la tomaron, y asolaron é incendiaron en justa ley de represión...

Los cronistas árabes hablan con rara unanimidad de las magnificencias que atesoró Al-Mansura en su breve existencia. Los Sultanes marroquíes pusieron siempre singular empeño, durante su dominación en el reino de Tlemsen, en anular la vieja capital.

Pero del duelo mortal entablado entre ambas ciudades rivales, separadas entre sí por pocos kilómetros de distancia, quiso la veleidosa suerte que triunfara definitivamente Tlemsen, pues mientras ésta se alza aún, envejecida, pero noble por sus tradiciones, historia y belleza, ocupando una privilegiada situación topográfica, bordeada por un espléndido oasis de huertas espléndidas y magníficos jardines, Al-Mansura, la por triste ironía de la for-

tuna apellidada *La Victoriosa*, yace en ruinas, vencida, como gladiador malherido de muerte sobre la arena del circo.

Dentro de sus agrietados muros, que revelan la espesura de su vasto recinto, se encierra un modesto y limpio burgo de colonos modestos y honrados que, ajenos á todo linaje de grandezas, conviven con aquellas majestuosas ruinas, alegrando con su vida aquella soledad y tristeza que emanan de todas las cosas tristes.

A la melancólica visión de tan grandiosos monumentos sin vida, sin alma, que son la admiración de cuantos los contemplan, por fuerza se tornan silenciosos y filósofos los más indiferentes visitantes, y sólo cabe meditar instintivamente en la fragilidad de las conquistas de la fuerza.

Y á la memoria vienen las elegíacas estrofas del clásico ante las ruinas de Itálica:

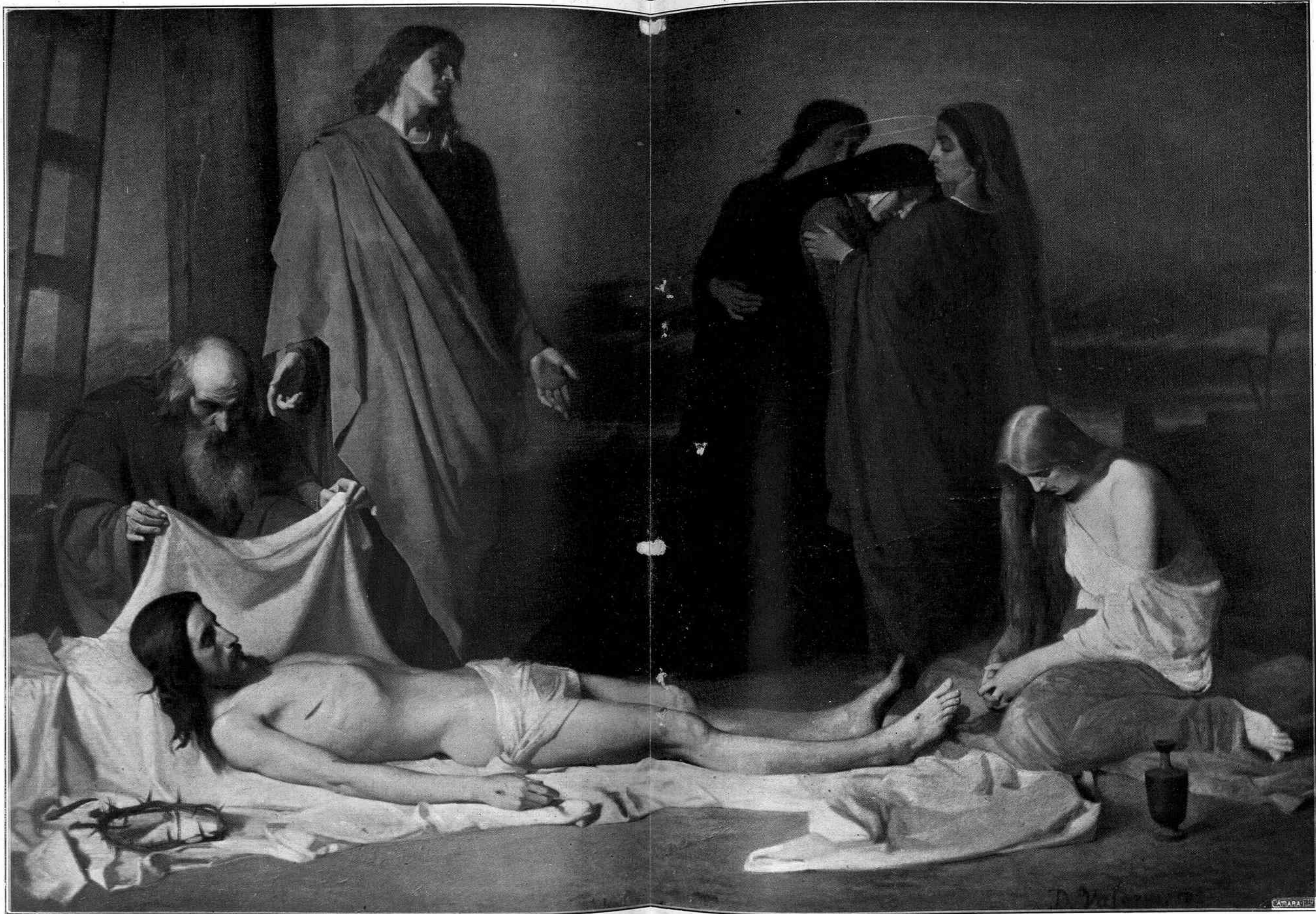
Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un día Mansura *Victoriosa*.

GUILLERMO RITWAGEN

FOTS. DEL AUTOR



EL MISTICISMO EN EL ARTE



EL DESCENDIMIENTO

Cuadro de Domingo Valdivieso, que se conserva en el Museo de Arte Moderno



JUNTO AL ATLANTICO

“¡SALPICADINHAS DA COSTA!”

EN la costa de Caparica, junto al sonoro Atlántico, viven humildemente aquellos esforzados lusiadas cuya gloriosa epopeya cantó la épica musa de Camoens.

La nostálgica mirada de estos hombres, que se humedece ante las dulces melodías de los *fados* nacionales, os advierten de un alma llena de ensueños pasados y de una voluntad domeñada ante las decadencias presentes. Portugal, mejor aún que España, representa en Europa el hidalgo venido á menos, dignamente orgulloso de sus pasadas grandezas, noblemente entristecido por sus presentes ruinas.

El admirable autor de *La ilustre casa de los Ramires*, os pinta bien vigorosamente el interior y el exterior de este pueblo, que acaso á su espíritu ensañador y romántico debe su decadencia y su pobreza. Ignoro qué clase de influencia haya podido ejercer en él la alianza y la cercanía de la nacionalidad británica; pero por los resultados me inclino á creer que sólo ha influido en mantener y excitar los sueños de grandezas, peculiares á todo espíritu poético y romántico.

Porque esta poesía y este romanticismo—que hoy parecen rémora y lastre, así en los individuos como en los pueblos—es la nota vibrante que lo armoniza todo en el país lusitano; y es que lo dan así, naturalmente, el alma de la Naturaleza de aquella tierra y la naturaleza del alma de aquellas gentes.

La tierra fértil y exuberante, el Cielo mudable y pictórico, el mar sonoro y bravío, hacen almas soñadoras y aventureras que por los caminos del ensueño y de la aventura llegan á las grandes conquistas ó á los grandes fracasos.

Y así, ese mismo mar, que un día doblegó sus arrogancias ante los Vasco de Gama y otro día inspiró la audacia náutica de los Magallanes, hoy solamente parece servir para sacar de sus senos opulentos el vivo y reluciente metal de la pesca, de la que se mantiene miseramente todo el poblado marítimo extendido á lo largo de la costa.

La vida será mísera, pero no falta en ella la magia de la poesía. Bien temprano aparejan la barca y los mismos pescadores la empujan por la arena hasta el espumoso festón de las primeras olas, donde queda como una góndola extraña, como una poética media luna llena de arabescos decorativos. Y cuando vuelve de la pesquera, si el Cielo está claro y el mar tranquilo, el agua parece un espejo donde se refleja el lienzo celeste en que una media luna gigantesca va surcando nubes verdosas y argentinas.

Al amanecer llegan las mujeres por el producto de la menguada hazaña; pasa el pescado de las redes á los cestos, en donde recibe un ligero espolvoreado de sal, y parten para la capital y para los pueblecillos cercanos.

Con el canasto á la cabeza, descalzas de pie

y de pierna, pasan y repasan aquellas vereditas estrechas, abiertas violentamente entre la exuberancia de los pinos y los castaños, cantando los típicos *fados* nacionales.

En el romanticismo que se desprende de esas canciones parece latir la añoranza de los esplendores pasados, la saudade despierta. La melancolía que esas mujeres van repartiendo por las sendas escondidas, parece la elegía entonada á aquellas hazañas que sus mismos hombres, merced á ese mismo mar, realizaron para el honor de su Historia.

Por ese mismo mar, sus propios hombres, que hoy sólo saben llenar de peces los ventrudos cestos, supieron lanzarse á descubrir países espléndidos, á conquistar riquísimas tierras lejanas, á dejar con el idioma la perpetuidad de una raza y á enseñar la ruta por donde podía darse la vuelta al mundo.

Y así que las primeras casas aparecen, cesa la melancólica sonata de los *fados*—que es como desvanecerse el ensueño—para dar paso á la realidad presente, y entonces vibra en el aire el pintoresco pregón:

—¡Salpicadinhas da costa!

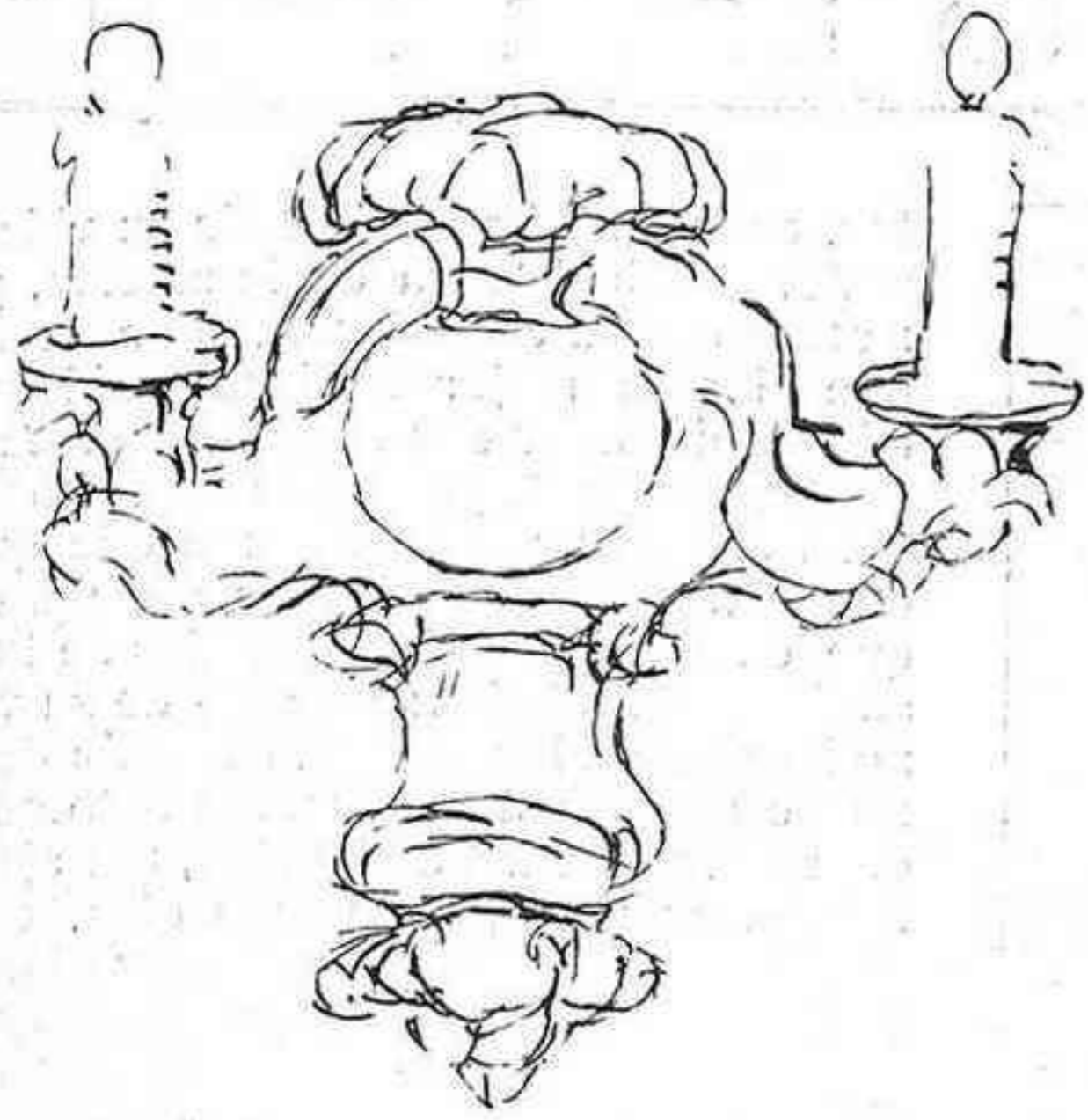
Todo el que haya estado en este pueblo, actualmente al menos, creo que con la impresión de su pobreza actual habrá percibido la fragancia de su poesía de siempre.

JULIO HOYOS

FOTS. DE GUTIÉRREZ



CAMARA-FE



Margot, sirena del Azar

ESTA mujercita que ha dibujado Marín se llama Margot, como pudiera llamarse Lili ó Lulú.

Margot, hasta ahora, acostumbraba á jugar á esa rueda trágica, devoradora de vidas, que tiene treinta y seis números y un cero.

Ya habéis comprendido que hablamos de Margot como la encarnación de eso tan moderno, y á veces tan antiguo, que se llama una «señorita tanguista»; una de esas lindas señoritas, sirenas del Azar, mariposas de la galantería, que decoran las salas donde el dinero rueda y la voz monótona de un hombre de *smoking* repite sin cesar: ¡Hagan juego, señores!

Esta señorita Margot hay que reconocer que no era en Madrid un producto indígena: era flor exótica, hija del *cabaret*, también extranjero. La señorita Margot hizo su aparición en el solar español entre los ases del «treinta y cuarenta», y le sirvió de marcha triunfal el taponazo de una botella de champán, el vino francés que ya substituye al Montilla castizo y jaranero.

Ahora, la señorita Margot está muy triste, porque ya no puede concurrir á las salas del Azar.

Margot se aburre. Margot está indignada. ¿De que va á vivir ahora la señorita Margot? Esto es lo que menos la preocupa, porque la señorita Margot ha hecho de su vida una canción, en la que la aventurera Casualidad pone siempre el estribillo.

A Margot, jugar á la ruleta, sentir la atracción maldita de la Suerte, le es tan preciso como el ambiente perfumado del *cabaret* y el humo azul de los cigarrillos egipcios.

¿Por qué Margot siente tan irresistible atracción por las vueltas de la bolita mágica?

Porque la vida de la señorita Margot no es más que eso: una jugada de ruleta. De una ruleta en que su corazón juega al cero.

¡Y la señorita Margot ha perdido—y se ha perdido tantas veces—por culpa de su corazón!...

DIBUJO DE MARÍN

R. Marín

UNA LEYENDA DEL "ESPAÑOLETO"
Cómo se escandalizaron las monjitas de Santa Isabel

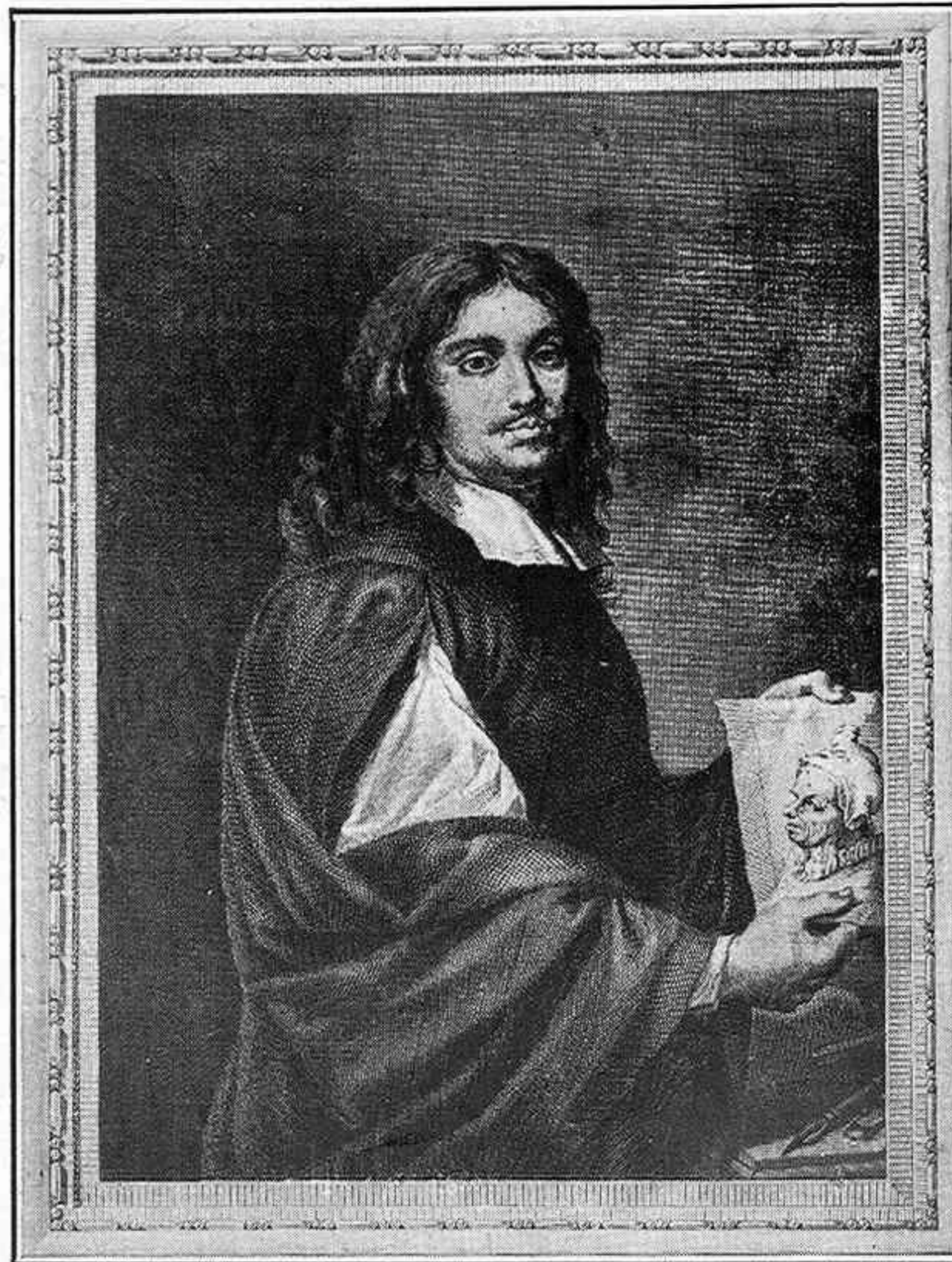
De nuestro sin par Ribera, genio viril y sombrío hermano de Miguel Angel, hay en el Museo del Prado dos cuadros apacibles, luminosos, serenos... Uno es *La Concepción*; otro, *Un retrato de mujer*. Sin duda, aquella *Concepción* es la que estaba en el Museo Nacional de Pintura, que tal se llamó pomposamente á la modesta colección de cuadros que poseyó el Ministerio de Fomento, y que tenía instalada en los claustros y galerías y salones del antiguo Convento de la calle de Atocha, donde residió muchos años la covachuela burocrática de nuestro progreso, mientras el Museo del Prado se llamaba Real Museo.

Había pertenecido este cuadro á un Convento de monjas de Madrid, y, según el testimonio de un olvidado escritor de aquella época, Francisco Bañares, era tradición que las tales monjitas dueñas del cuadro, que varias generaciones veneraron en el altar mayor del Convento de Santa Isabel, inmediato al Hospital de la Pasión, habían hecho borrar el rostro de la Virgen, porque se decía que Ribera había retratado allí á su amante, que le servía de modelo. La profanación se había consumado encargando á Claudio Coello la pintura de un nuevo rostro de la Virgen.

Francisco Bañares completa su relato haciendo notar que es extraordinario el parecido que tenía el rostro de esta Virgen, que pintó Ribera, con el *Retrato de mujer* que posee también nuestro Museo del Prado, y que procede de las colecciones del Palacio Real.

De este retrato se ha supuesto por algunos que era el de la esposa de Ribera: el de Angiolina, la bella napolitana que hizo feliz al *Espanoleto*. Es más: Bañares asegura que esa *Concepción*, cuyo rostro mudó Claudio Coello, fué precisamente el cuadro que valió á Ribera la mano de su gentil esposa. ¿Qué tradición ó qué leyenda fué entonces la que puso espanto en el ánimo timorato de las monjitas de Santa Isabel?

Varias biografías que he consultado — y seguramente todas copian el relato clásico de Palomino — cuentan que cuando Ribera abandonó Roma y la molicie y holganza en que el Cardinal, su protector, le tenía, se encaminó á Nápoles, donde pronto le acorraló la pobreza y le torturó el hambre. Desesperado, intentó suicidarse, arrojándose al mar, salvándole un joven



Retrato de José Ribera

pescador, que le llevó á su casa y le hospedó en ella varios días.

Fué entonces cuando conoció, al salir de la iglesia, á una bellísima joven de rostro angelical, inflamándose de amor el alma del artista aventurero. Pocas veces tuvo ocasión de admirarla, porque habiéndose dirigido á ella para expresarle su pasión, la dueña que la acompañaba la hizo ocultarse el rostro y marcharse precipitadamente.

Quien recuerde cómo otro ensueño de amor llevó á Italia á Francisco Ribalta, el pintor maestro de Ribera, advertirá que había algo de sugestión en la búsqueda de estas aventuras; pero el hecho es que Ribera hubiera intentado suicidarse nuevamente, si no hubiesen alentado su conturbado espíritu los consejos de Marieta... Marieta era la gentil esposa del pescador; una bella napolitana contra cuya virtud no dicen nada las crónicas, pero de la que sabe Dios por qué extrañas referencias pudieron llegar á desconfiar las monjitas del convento madrileño. No se explica de otro modo, aceptando como verídico el relato de Bañares, la mutilación del cuadro.

A los pocos días llegó Ribera buscando trabajo al taller de un pintor «de obrador público», según unos biógrafos, y según otros, á la tienda de un almacenista y comerciante de cuadros. Le desdennó aquél al ver la mísera traza en que el artista se le presentaba; pero insistiendo Ribera en que dominaba su arte, le entregó el mercader pinceles y colores y un lienzo, para que comenzara una *Concepción* que tenía encargada. En una hora Ribera pintó sólo un rostro femenino de angelical belleza; y cuando el tendero, que había seguido en sus quehaceres, volvió al lado del artista, quedó maravillado, no sólo de la calidad de la obra hecha, sino del parecido de aquel rostro virginal con su propia hija.

—¿Conocéis ese modelo ó habéis soñado su belleza?—le preguntó, y Ribera confesóle la historia de su singular enamoramiento.

—Acabad el cuadro, y yo os prometo que os casaréis con esa muchacha.

A poco, llamada por su padre, acudió al taller la linda desconocida, y Ribera cayó ante ella de rodillas y besó sus manos.

¿Qué hay en este idilio, terminado prontamente en casorio, que pudiera escandalizar á las monjitas de Santa Isabel? Las crónicas dicen más. Dicen que, casado y rico y famoso el pin-

tor, conservó á su lado toda su vida al pescador que le librara de la muerte, y á Marieta, la linda consejera. No es de suponer que si esta mujer hubiese tenido un solo minuto de amor con Ribera, hubiese tolerado Angiolina su presencia en el hogar.

Ni siquiera puede creerse que quedaran en brumas estas andanzas del pintor, porque en aquellos días Nápoles se llenó con su fama y no hubo resquicio de su vida que no indagaran las gentes. El genio de Ribera no se resignó á expresarse sólo en la dulcedumbre de *La Concepción*, tan ajena á su temperamento, y en pocos días, en horas acaso, queriendo pagar al mercader de cuadros los bienes con que le colmaba, pintó el *Martirio de San Bartolomé*, que también se encuentra en el Museo del Prado. Podría llamarse este cuadro *El pasmo de Nápoles*. El mercader lo expuso en el balcón de su casa, y aunque la ciudad no era, como Roma y las capitales del Norte italiano, sede de arte, y sí más bien cuartel de invasores y comunidad de gentes de guerra, la muchedumbre se sintió dominada por el terror y el espanto de aquella viva y doliente realidad del tormento. Acudió el Virrey, y sabiendo que el pintor era español, quiso conocerle, le llevó á su palacio, le preparó morada en él, le nombró su pintor de cámara y le señaló un crecido sueldo. El *Martirio de San Bartolomé* fué enviado al Rey de España, y así entró en el Palacio Real de Madrid, y de allí lo envió Fernando VII al Museo del Prado. A poco, en la capilla del Palacio del Virrey se celebró la boda de Ribera y Angiolina, siendo padrino el propio Virrey. Pero hay otra versión diferente. *La Concepción* que poseyeron las monjitas de Santa Isabel, no era la que pintó Ribera

antes de su casamiento, sino otra hecha diez y ocho años después, por encargo expreso de un Convento monjil de Salamanca. En ella retrató Ribera á su hija, que era también de extremada belleza... Y en esto sí que no hay dudas... Su hija fué seducida y raptada por aquel D. Juan de Austria, segundo de su nombre y hermano de Carlos II, el mísero vástago en que acabó la dinastía de los Austrias.

Si esta versión es exacta, *La Concepción* del Museo muestra el rostro de Angiolina, la esposa del pintor, y entonces parece justificado que se escandalizaran las monjitas del Convento de Santa Isabel...

AMADEO DE CASTRO



"Retrato de mujer", por Ribera



"La Concepción", por Ribera

H U M O A Z U L



MIRAD... El poeta nos señaló cierta pareja sentada hacia un extremo del *hall* de hotel cosmopolita en donde nos hallábamos. Ella era una rubia apetecible, con aspecto de impura bien vestida—gasas, terciopelo, brillantes—; él era un hombre tal vez más que maduro, de rostro sensual y aire gastado. Acercaba la hermosa el fuego de su cigarrillo al cigarrillo, sin encender aún, que sostenían los labios de su amigo, y no tardó en surgir entre ambos una suave humareda de azulencas volutas.

—Mirad... Hay no sé qué de simbólico en ese gesto trivialísimo con que una juventud comunica su ardor á una naturaleza decaída. Samaritana ultraelegante que aplaca gentilmente la sed espiritual de un pobre viajero fatigado, esa linda criatura casi cumple un rito. Por eso acaba de surgir entre ellos todo el secreto de la vida: un poco de humo azul...

Sonreímos.

—¡Bah! ¡Burlaos! Sin embargo, no he dicho

ninguna tontería y sí sólo una vulgaridad, ni más ni menos verdadera que otras vulgaridades. Cuanto nos puede hacer felices, prescindiendo de utópicas figuraciones, no pasa de ser un ingravido capricho de humo azul, algo efímero y ligero que nuestra fantasía matiza con un leve tinte de ideal, quedando reducido, por ejemplo, á una caricia de mujer, á una emoción de arte, á un regodeo gastronómico... La felicidad durable no se logra nunca; no la pidamos nunca, pues, sino un minuto grato, y contentémonos con las felicidades ínfimas que nos subsanan momentáneamente el error fatal de la existencia. Por obra y gracia de su amiga, ese tipo se olvidó de que es viejo, de que está estragado, y una hora de olvido no es de despreciar cuando la mayoría de las horas no nos traen más que sabores y desilusiones.

Seguimos sonriendo por inercia, aunque nuestra sonrisa era ya menos irónica que antes. Alguno de nosotros comenzaba á despedirse de su juventud, y sintiéndose un si es no es des-

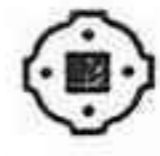
engañado, aprobaba la melancólica filosofía del poeta.

Quizás tuviese éste razón, y la vida no valiera la pena de vivirse sin el encanto de tantas pequeñeces redentoras. «¡Ah, las pequeñeces! Nada las iguala; lo ocupan todo y no dejan lugar á lo grande», afirma el frívolo *Willy*. Pero, ¿existe lo grande, acaso?... Esas magnas presunciones que se llaman amor, gloria, belleza, en el fondo resultan cosas frágiles y convencionales, tan convencionales y tan frágiles como el azul del Cielo, que «ni es Cielo ni es azul», y se disipan como el humo.

La tentadora y el ex galán concluían sus cigarrillos. El empezaba á hallarla lejana y adorable, extinguido el minuto venturoso, contemplándola con el asombro del hombre que cayera de una nube...: La nube de humo azul, que es la ilusión.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE MARÍN

Cuentos de
"LA ESFERA"

"TASUGO"

Es preciso apresurar el paso! Lo siento por usted, condesa, que vendrá fatigadísima.

—¿Cree usted, Ricardo, que nos alcanzará la niebla?

—Seguramente; está bajando mucho.

Miró el reloj.

—Las cinco y media. Hemos tardado tres horas más de lo que habíamos calculado.

—La ascensión ha sido muy penosa, y...

No pudo acabar la frase. Dió un resbalón y quedó violentamente sentada sobre una piedra.

—Y... soy una calamidad. Ya lo ve usted; á cada momento resbalo y caigo.

—¡Sí, sí. Verdaderamente, no eres una gacela! —refunfuñó el corde, su esposo (llevaban ya seis años de matrimonio).

—No tiene nada de particular —intervino Ricardo, queriendo borrar el mal efecto de las palabras del marido—. Peña Berciana tiene 500 metros de altura y el último tramo no lo suben sino alpinistas muy avezados. La condesa se ha portado bravamente. Ahora lo que interesa es hacer el descenso lo más rápidamente posible, á ver si llegamos antes de que nos alcance la niebla á Pico Rubales. En cuanto salgamos de este canchal, ya podremos andar más de prisa.

Miraron hacia atrás para calcular lo que la niebla podría tardar en alcanzarlos. Temieron.

La niebla, que había aparecido como una ve-dija pequeñísima y blanca, apenas dejaron la cumbre se había ido agrandando, envolviendo la rocosa cresta, y ahora descendía silenciosa, ártica, amenazadora, persiguiendo á los excursionistas, como un temible enemigo que se arrastrara solapadamente por el terreno.

Bien pronto comprendieron que no podrían huir con la rapidez de su perseguidora. Los primeros ramalazos de humedad verían en forma de tenues gasas arrastradas por un viento sutil que refrescaba los rostros de los caminantes, sudorosos por la forzada marcha.

Detrás de ellos ya no se veía sino una compacta masa gris que se acercaba. No muy lejos, sobre unas peñas, distinguieron varias cabras y ovejas.

—Apresuremos un poco el paso —dijo Ricardo—. El pastor que cuida ese ganado podrá, sin duda, prestarnos un gran servicio, sirviéndonos de guía.

Cerró la niebla y los objetos adquirieron fantásticas proporciones, esfumándose sus contornos. Los peñascos se agigantaban ellos mismos; no eran sino oscuras y borrosas siluetas que se perdían al alejarse en una claridad astral y misteriosa.

—¡Cuidado con perdernos de vista! —dijo Ricardo, que marchaba delante—. ¡Sígueme siempre!

Y haciendo bocina con las manos, comenzó á gritar:

—¡Eeeh! ¡Pastor! ¡Pastor!

Escucharon.

No muy lejana se oyó otra voz que se iba acercando. Enseguida vislumbraron la silueta de un hombre, que no pudieron distinguir bien hasta que estuvo á unos pasos de ellos. Era un zagalón.

—¡Mala tarde train! —dijo, por saludo.

—¿Tú crees que no levantará esta niebla?

—Me escondí que no.

—Entonces, ¿quieres guiarnos hasta bajar á Quejigal? Allí ya hay carretera.

—El caso es —contestó el pastor, moviendo, contrariado, la cabeza— que yo tengo el ganado aquí, y si lo deju... Además, yo no vivo en Quejigal, sino en Castrerizu.

Los tres alpinistas se miraron. Ricardo, gran conocedor de la montaña, comprendió que continuar solos y entre la niebla era una temeridad que podría resultarles cara.

—Ya sabemos —dijo— que venir con nosotros ha de hacerte extraviado. Por ello, estamos dispuestos á gratificarte.

Y sacando de la cartera un billete de cinco duros, se lo mostró.

Miró el mozallón con avaricia el papel, y, como queriendo justificar lo caro del servicio, volvió á decir:

—¡Muchu extraviu me haci! ¡Muchu!

Cogió el billete y echaron á andar.

Avanzaban silenciosos, envueltos en la tenue claridad opalina de la niebla.

De vez en cuando, se oía la voz del pastor, que decía:

—¡Cudiau aquí, señoritus!

Era infernal el camino. Agudas peñas calizas,

cortantes como cuchillos, lastimaban las delicadas manos de la condesa; el brezo y las árgomas clavaban sus pinchos á los que á ellos se agarraban para no caer. De vez en vez, un resbalón y un «¡Ay!», rompían el silencio de la marcha.

Al llegar á una elevada roca, cóncava en su base, que cerraba el camino, el pastor se adelantó, deslizándose como un reptil y repitiendo:

—¡Cudiau aquí, señoritus!

Y desapareció de la vista de ellos.

En vano esperaron un buen rato, creyendo que el pastor volvería.

—¡Pastor! ¡Pastor! —gritaron, ya impacientes.

Pero el más absoluto silencio fué la respuesta.

Pasaron quince minutos; media hora. La situación era angustiosa. La luz iba amortiguándose. Muy pronto se haría de noche. Si el pastor no volvía, ¿cómo seguir adelante sin conocer el terreno, cegados por la niebla y tal vez rodeados de precipicios?

¡Oh! El canalla los había engañado villanamente.

Era preciso determinarse á algo, porque la perspectiva de una noche pasada en la concavidad de la roca, mal guarecidos y sin abrigos, era horrible.

Ricardo avanzó unos pasos, explorando el te-

rreno. Quiso dar uno más, y lanzó un grito de horror. Sus pies habían resbalado en la peña húmeda, y su cuerpo se balanceaba en el abismo. No se había despeñado, porque sus manos hallaron un arbusto, al que se asieron.

—¡Quietos! —gritó emocionadísimo— ¡No den un paso más! ¡Estamos sobre un abismo!

Ayudáronle á subir, y, con el terror reflejado en los rostros, agazapáronse en la concavidad de la roca.

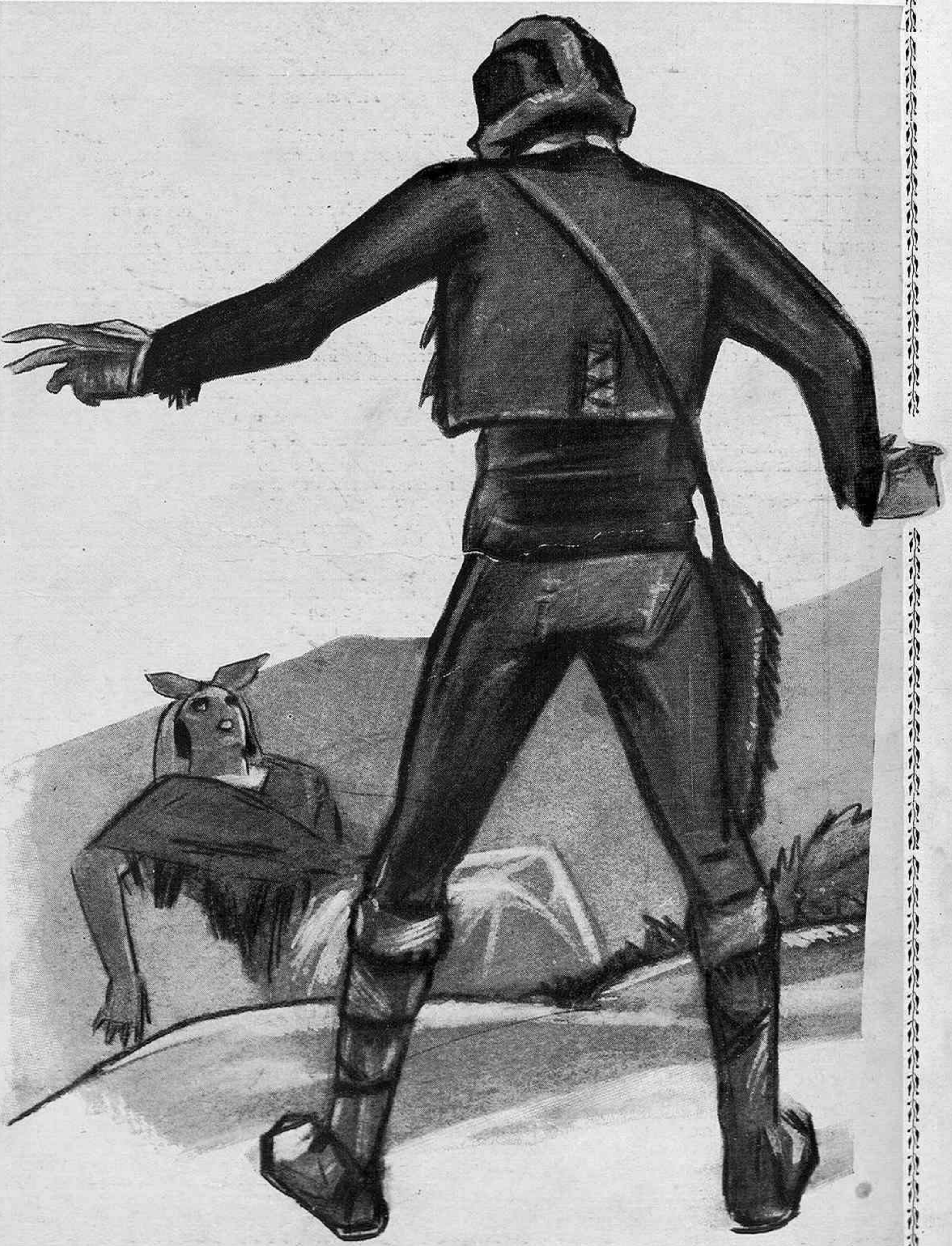
Desde allí lanzaron varias piedras, quedándose escuchando, y las piedras se hundían sin que se oyera el ruido de su caída.

Diéronse cuenta del peligro que corrían moviéndose, y determinaron pasar la noche acurrucados debajo de la peña.

—¡Pobre condesa! —dijo Ricardo— Nos espera una noche de prueba. ¡Si al fin fuésemos solos los hombres!...

Tasugo —así llamaban al pastor en su pueblo, por el daño que hacía por donde pasaba—, apenas dió la vuelta á la roca, y después de gritar: «¡Cudiau, señoritus!», bajó dando saltos como un rebeco, volvió á recoger el ganado y descendió hasta ganar las praderías de la ladera, donde ya la niebla no llegaba.

Desde allí dirigió una mirada al sitio donde



dejará á los alpinistas y, con una mirada de salvaje, pensó:

—¡Si no duermen esta noche al rasu, güena panzá se van á dar los crajus con sus cuerpos!

Ya en el valle, vió las vacas de *ti Pedro* pasando cerca de los maizales del pueblo, que cercaban unas tapias de piedra y cerraban rústicas estacadas.

Abrió éstas de par en par, acució á las vacas, y, por si acaso ellas no hacían bastante daño, metióse él por los maizales, pisoteándolos cuanto pudo.

Cerca del pueblo, saltó las tapias del huerto de su prima la *Dientis*; subió á un peral y, después de hartarse de fruta, desgajó las ramas.

Siguiendo su camino, dió un formidable estacazo á un perrillo que pasaba; llamó con fuertes golpes á una puerta, corriendo después para no ser visto, y se metió en su casucha miserable, donde, después de regañar á su padre, viejo é inútil, por su holgazanería, cenó como una bestia y acostóse tranquilo sobre un lecho de rozo, donde se quedó dormido, sonriendo como un justo.

Había nacido para el mal, y debió pensar al acostarse:

—¡Hoy no he perdido el día!

Se odiaban de muerte.

La *Dientis*, su prima, habíale denunciado en cierta ocasión á la Justicia, por haber segado hierba de sus prados y por cortarle unas cajigas, que se llevó á su casa, y el juez le condenó duramente.

El recuerdo de la sentencia mordíale las entrañas como un perro rabioso, y el deseo de vengarse de su prima, cada vez era más vehemente. ¡Como él encontrase la ocasión de hallar á la *Dientis* sin testigos!...

No se le ocultaba á *Tasugo* que la moza era de armas tomar y no se dejaría tocar la ropa sin más ni más.

Recia, musculada como un hombre, y con aquella fila de dientes, voladizos y grandes, que enseñaba igual que un mastín en lucha, había que tentarse antes de entablar pelea con ella.

Tasugo habíala visto hacer cosas de fuerza, que no estaba seguro de haber podido hacerlas él. Esto le contenía un poquito, y el odio feroz que la profesaba quedábase oculto en los repliegues de su alma negra, esperando la ocasión de darle salida.

Y la ocasión llegó.

Picaban las nubes en Peñas Pindias, y *Tasugo*, con su experiencia de la montaña, comprendió que la lluvia era inminente.

Recogió el ganado, dirigiéndose á Torca Grande. Allí había una buena cueva, donde acostumbra á guarecerse.

Torca Grande era una verdadera sima. Tenía una boca negra y enorme, y nadie había podido averiguar su profundidad. Cubrían la entrada matorrales y zarzales engañosos, que habían sido la causa de haberse despeñado varias vacas y ovejas, que no pudieron recuperar sus dueños.

A un lado de la Torca se alzaba un gran peñasco socavado, cuyo suelo vertía en declive sobre la boca de aquélla.

Tasugo no se había engañado. Las nubes que picaban en Peñas Pindias habían ido extendiéndose, y ya comenzaba á hostigar el agua.

Lentamente, porque á él la lluvia no le afectaba gran cosa, se fué acercando á Torca Grande. Al llegar á la cueva, que él creyó solitaria, se halló con la figura de una mujer: la *Dientis*.

Dió un respingo, y la dijo:

—¡Coyu! ¿Tú por aquí? ¿Viniste al rozu?

—De rozar vengu. ¿Qué?—contestó ella con sequedad.

—¡Na, mujer! Qué... Pues... ¡Coyu, cómo lluevi!

Y se sentó cerca de ella, á cubierto de la lluvia, que ya arreciaba con furia.

Las peñas brillaban, como barnizadas; las hierbas caían mustias. Próximas á ellos, varias ovejas metían las cabezas en la cueva y dejaban que sus cuerpos se mojasen.

Tasugo miraba á la *Dientis*, y no sabía qué decir. Y el caso es que tampoco sabía qué pensar, porque él hacía mucho tiempo que aguardaba una ocasión como esta para cobrarse de la antigua ofensa, y ahora que la había hallado no sentía deseos de venganza.

Otro sentimiento bien distinto le embargaba.

Había nacido ahora, de pronto, mientras contemplaba á su odiada prima, que al fin era mujer.

A la mujer, en efecto, debíase el cambio que él no acertaba á explicarse. La mujer era la que había sublevado en él todos los primitivos instintos, y aunque ellos le impulsaban á hablar, no encontraba palabras para exponer sus pensamientos. La veía hasta guapa, cada vez más guapa. Quería decirle algo, pero se sentía cobarde. Y, sin embargo, aquella soledad, aquel silencio, parecían animarle.

Por fin, haciendo un gesto, que quería ser de dulzura y resultó de una horrible ferocidad, rompió:

—El casu es, Malena, que podíamos ser güenas amigas...

—¿Yo de ti, morros de chon?

—¡Malena!—insistió *Tasugo*, acercándose más —Venti á razonis, ¡mujer!

Ella hizo un gesto de asco, rechazándole.

Aquella esquivez le sublevó. Comprendía que por las buenas nada conseguiría. Y, excitado como un demente, se abalanzó sobre ella.

Malena, de un salto, se puso en pie, y, esperando serena la acometida, esquivó su cuerpo. Rápida, dió un empujón á *Tasugo*, en el momento de acometerla, y este cayó resbalando por la vertiente hacia la boca de la sima.

No se concibe cómo pudo salvarse. Había caído de espaldas, y no tenía asidero posible; pero al verse en el aire, el pastor giró sobre sí mismo, logrando agarrarse á las zarzas que colgaban sobre el abismo.

Se izó trabajosamente, y contra lo que Magdalena esperaba, su rostro revelaba compunción. Restregóse las ensangrentadas manos en las hierbas húmedas, y dijo humildemente:

—¡Paice mentira, Malena! ¡Querer entorcami!

La moza sintió que su alma se ablandaba, cosa que jamás le había ocurrido.

—¡Mira cómo mi has puestu!—repetía, mostrándole sus manos sangrantes.

Llegó hasta ella y se las puso delante de los ojos. Magdalena, en pie, le miraba como arrepentida.

No fué visto. Con asombrosa agilidad la echó la zancadilla, y antes de que ella pudiera darse cuenta ya resbalaba por la vertiente, desapareciendo por la negra boca del abismo.

Tasugo oyó los golpes del cuerpo rebotando en las paredes; después, como un gemido muy débil, y después..., nada.

Miró en derredor. La lluvia, el campo... Testigos que no le delatarían. Pero sintió alguna inquietud; y, como respondiendo á Dios y á su conciencia, que parecían acusarle, disculpóse diciendo:

—¡Cayosi ella, coyu!

L. ALONSO

DIBUJOS DE PENAGOS



UNA EXCURSIÓN AL MONASTERIO DE YUSTE

DIFÍCILMENTE resiste la voluntad á las sugerencias seductoras de la pluma del insigne y nunca bien ponderado D. Juan Antonio Alarcón, y si ella os describe un viaje y añade á la descripción la invitación de hacerle, no queda más remedio, para la ardiente comezón que nos aguija, que preparar una buena ocasión para satisfacerla.

Allá por el año de 1873, aquel espíritu genial y aventurero de Alarcón descubrió el rincón histórico de Yuste y dejó escritas en páginas maestras (1) observaciones y comentarios que, á la hora de ahora—y van transcurridos cuarenta y siete años—, son la última palabra y la única fuente informadora que nos ha podido ofrecer la Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, en un interesante libro de propaganda que se titula *Yuste y la Sierra de Gredos*, y se reparte, por cierto, gratuitamente. Y en aquel tiempo condicionaba el ilustre novelista la facilidad de experimentar los múltiples goces de la exploración que llamó «geográficopintoresca», á la de ser algo jinete, y contar con cuatro días y treinta duros de sobra, más el aditamento de disponer en Navalmoral de la Mata de un caballo y un guía; pero hoy el progreso material del medio siglo escasamente transcurrido modifica esta condición, no porque desde Navalmoral de la Mata haya ya carretera capaz para hacer el viaje en automóvil, ni porque desde la estación de Casatejada haya tampoco otra cosa que un camino de herradura que conduce á Jaraiz de la Vera, distante veinte kilómetros aproximadamente, sino porque se puede buscar esta mayor comodidad del coche ó del automóvil yendo hasta Plasencia, y desde esta interesante ciudad al mentado Jaraiz de la Vera, y hasta el mismo pueblo de Cuacos, del que dista el Monasterio un kilómetro poco más ó menos, pues á pie se recorre, sin ningún alarde alpinista, en veinte minutos.

Este fué el itinerario que elegimos un buen amigo y yo, que acertamos á coincidir en aprovechar días de asueto, para ofrendar en nuestra constante devoción á las maravillas del Arte y

(1) *Viajes por España.*



Vista del pueblo de Jaraiz de la Vera

la Naturaleza y al ejercicio físico el tributo merecido á aquel venerable retiro histórico, viviendo unas horas la realidad inspiradora de las páginas de Alarcón.

Y fué comienzo de nuestra aventura un *porfiado temporal* como el que retrasó la visita del novelista cuando estaba ya enfrontado, desde la finca «El Baldío», con Yuste, pero que á nosotros no nos arredró un punto; y lo fué además la coincidencia de llevar el tren que tomamos á la ya difunta Emperatriz Eugenia, precisamente á Navalmoral de la Mata y en una emocionante visita que la egregia dama hacía á sus fincas y propiedades, apenas conocidas, á los noventa y tantos años de su vida.

ooo

Llegamos á Plasencia á la hora vespertina en que tan animadas están todas las poblaciones, ofreciendo al viajero el curioso estudio de su vida optimista y bullanguera, y pudimos ver, en un rápido recorrido, calles y edificios de típica y original estructura, tal como el que frente á la Catedral se levanta con la castiza traza española y la peculiar y rara disposición de un hueco y balcón de señorial vitola, en el mismo ángulo formado por las dos fachadas principales. Plasencia merece una visita de más horas que las que nos permite el plan trazado, pues en éste figuraba salir al día siguiente, á las seis de la ma-

ñana, en el coche correo que tiene como punto de destino Jaraiz de la Vera.

Este coche correo es un vehículo en miniatura arrastrado por tres caballos, que se cambian ó relevan dos veces en el camino. Por fortuna, éramos nosotros los únicos viajeros, y el viaje fué cómodo, permitiéndonos la falta de concurrentes apearnos cuando lo estimábamos conveniente, y, sobre todo, contemplar el paisaje á nuestro gusto, que mucho y bueno tiene que admirar. Concebido el Paraíso terrenal por la inteligencia humana, iluminada por la fe y la tradición, en estos paseos por nuestra España querida, nos sorprende repetidamente la realidad de lo concebido y, ¡hay que confesarlo!, supera esta realidad á lo soñado.

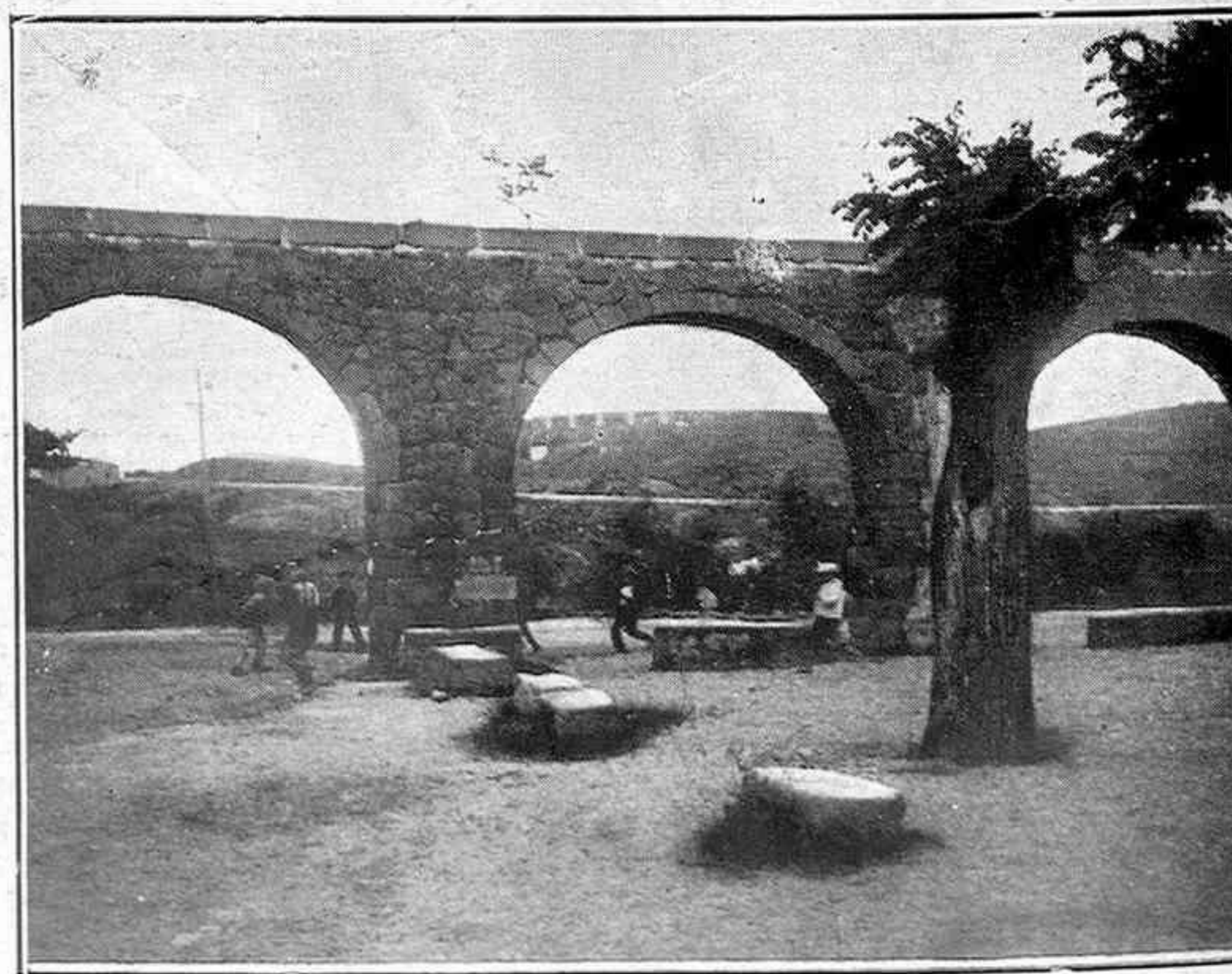
La Vera de Plasencia, como Arenas de San Pedro, como tantos y tantos otros rincones del solar hispano, son reiteradas maravillas con que Dios se revela al alma creyente de sus criaturas...

El coche correo de Plasencia á Jaraiz rinde el viaje en Torremenga, pueblo inmediato, y no sigue, á pesar de continuar la carretera, porque falta la formalidad de la entrega y recepción del trozo comprendido entre Torremenga y Cuacos. Hubimos, pues, de andar los cuatro ó cinco kilómetros que nos separaban de Jaraiz, adonde llegamos al mediodía. Jaraiz de la Vera es un pueblo rico, simpático, hospitalario y modelo en su organización social y política. Favorecido con elementos naturales privilegiados: buen clima, suelo fértil y agua abundante, la agricultura florece espléndidamente y los rendimientos de su producción difunden el bienestar material entre sus habitantes.

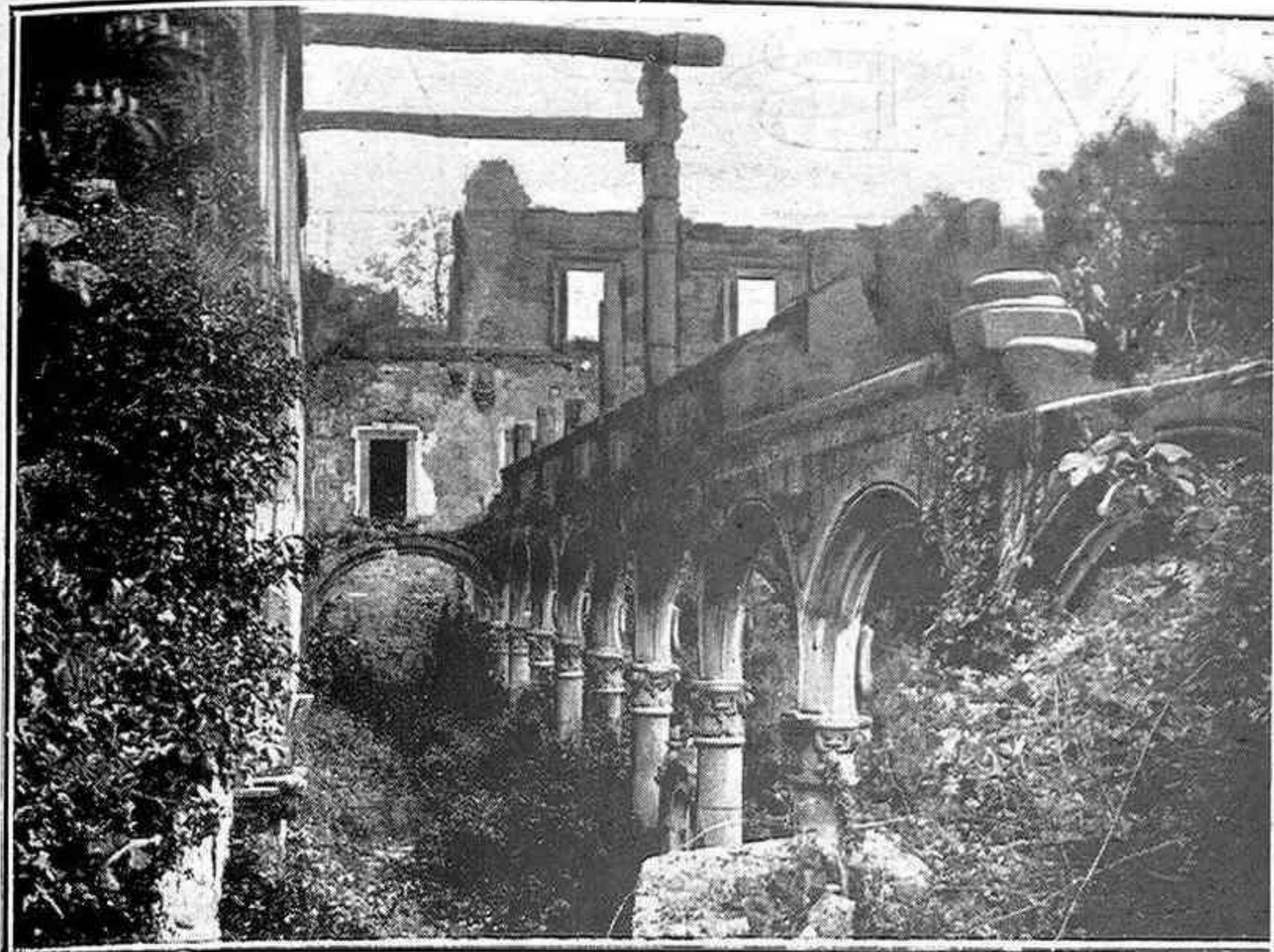
La especialidad de su cultivo es el pimiento encarnado, que se seca y transforma en pimentón, de un alto valor en el comercio y de gran exportación; pero la flora del campo de Jaraiz es de una asombrosa variedad, mereciendo singular mención la higuera, cuyo sabrosísimo fruto comparte con el pimentón la importancia mercantil del pintoresco pueblo, que es, por otra parte, atalaya de un paisaje serrano precursor, en esta orientación Sudoeste de la colosal Sierra de



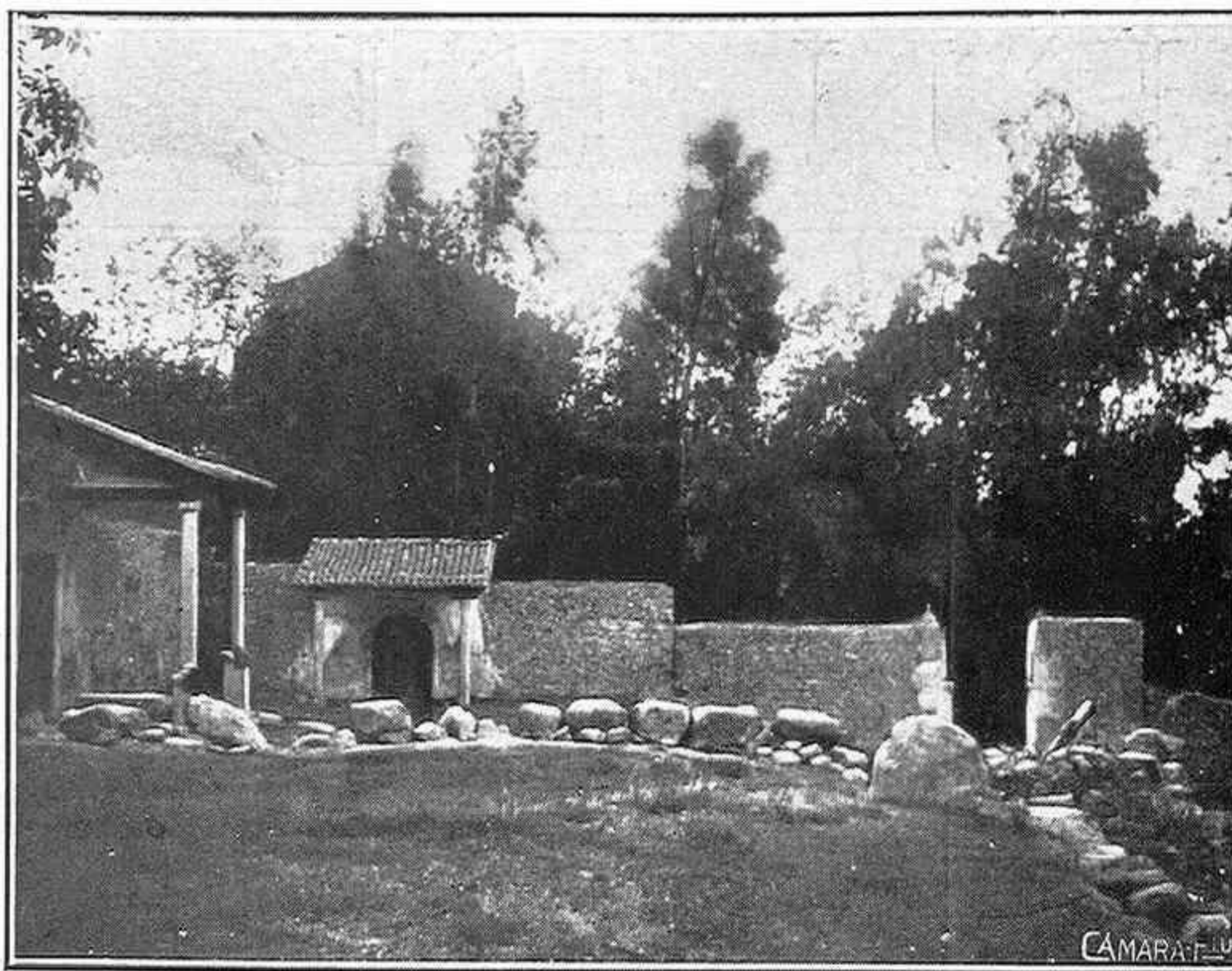
Arcadas del patio del Monasterio de Yuste



Acueducto y castillo de Jaraiz de la Vera



Perspectiva de la galería en ruinas



Entrada al Monasterio de Yuste

Gredos, de la que constituye frondosa estribación la Sierra de Jaranda, con las cumbres del Piornal y el Guijo, orladas con la nítida blancura de las nieves perpetuas.

Y en un accidente de esta Sierra de Jaranda, al abrigo de la sinuosidad de un barranco, entre la espesura de pinos y encinas y robledales, se destaca la silueta sombría del Monasterio de Yuste, escondida senda por la que huyó del mundanal ruido el poderoso Carlos V, atraído ciertamente por la grandeza inmutable de un paisaje digno de la suya en decadencia, pero quizás también por el no menos grande imperativo de un amor paternal que no podía recibir la luz que brillantó su poder como Soberano del mundo, pero sí la del Cielo que iluminaba en el retiro, vecino á la morada del revoltoso paje de don Luis de Quijada, el alma contrita de un pecador que sentía cercana la hora de volver á entrar desnudo en el seno de la Madre común de los hombres.

Siguiendo nuestro camino, cruzamos un magnífico puente sobre las llamadas Gargantas, en que vierten sus aguas los torrentes de la Sierra, y al cabo de una hora llegamos á Cuacos.

Este pueblo es adusto, áspero para el visitante, pero interesa su estilo. Entre sus casas viejas se distingue y señala la en que vivió D. Juan de Austria cuando era mozo.

En su iglesia se conserva el coro del Monasterio y á éste se llega desde Cuacos, según queda indicado, con la facilidad de un corto paseo.

Nosotros le dimos acompañados del administrador de la finca, á cuya amabilidad debemos haber pasado una inolvidable y grata noche en

aquellas ruinas históricas, en las que supo improvisar nuestro simpático huésped, y especialmente su señora, buena cama y sabrosa cena, y aun más, una velada pastoril con música de rabel tosco y primitivo, y alrededor de la campanuda y vetusta chimenea de lumbre radiante y chisporrotera.

No faltó nada; cuando subíamos la rampa que, en vez de escalera, se hizo para que el Emperador pudiese, en una postrera ilusión de su agilidad pretérita, salir cabalgando desde la misma galería al campo, se desencadenó una imponente tormenta, que en aquellas alturas se reviste de una soberbia majestad. Y cuando, rendidos por el sano ejercicio, dormíamos sosegadamente, percibíamos, como lejana melodía en nuestro sueño, el retumbante fragor del trueno, concertado con la nota rítmica de una gotera chascando al estrellarse en el suelo cercano.

Amaneció, madrugamos y recorridos aquellos restos, que, defendidos y empezados á restaurar por el marqués de Mirabel, á la postre están ruinosos y destrozados por la incuria de quien ó quienes, con medios y obligaciones de atender á los fines artísticos y á la conservación de los monumentos nacionales en España, se han olvidado de esta pequeñez de Yuste, solamente conocida y visitada por excursionistas extranjeros.

La obra devastadora de los soldados franceses ha debido de ser reparada y puede serlo todavía. Si los Gobiernos necesitan estímulos para cumplir este deber, séanlo, además de las loables iniciativas que ya aplaudió, justiciero, en el marqués de Mirabel, el repetido Alarcón, las que deben tomar las entidades artísticas, las Asociaciones fomentadoras del turismo y el mis-

mo pueblo de Jaraiz, llamado á ser la Meca de todas las peregrinaciones que la cultura y el buen gusto encaminen al imponderable retiro de Carlos V.

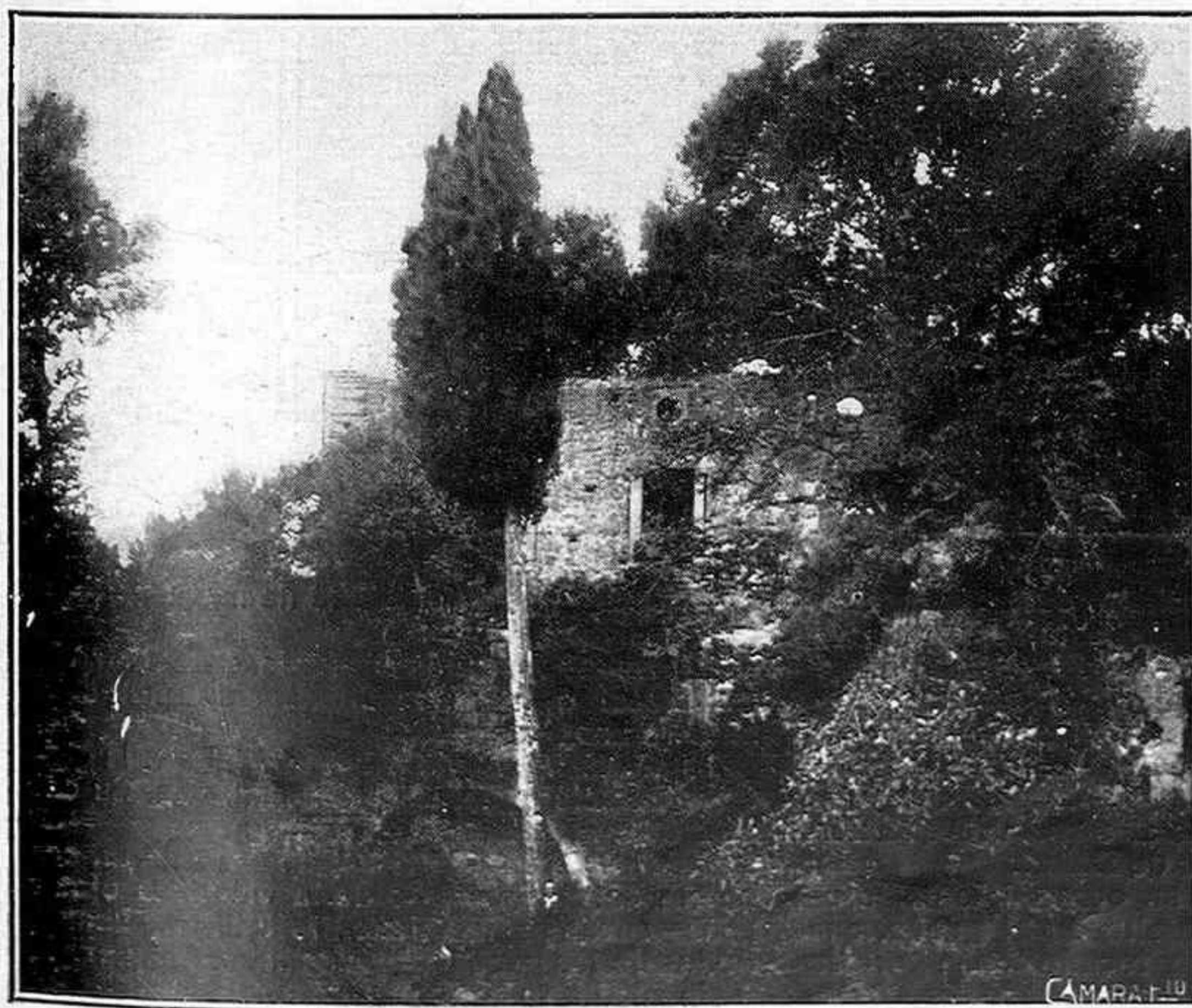
ooo

Ya de regreso, que hicimos salvando á pie los veinte kilómetros que hay, según dijimos, de Jaraiz á Casatejada, por un camino pintoresco que cruza grandes dehesas y corta el río Tietar, encontramos en el último citado pueblo y en una de sus iglesias el famoso retablo que perteneció á la del Monasterio, integrado por el célebre cuadro «representando á San Jerónimo viendo llegar á Carlos V á la Gloria eterna y arrodillarse á los pies de la Santísima Trinidad», cuyo cuadro se atribuye al Ticiano, y cuya adquisición ha sido objeto de ofrecimientos pingües por inteligentes rebuscadores de estas joyas. Este cuadro—triste es decirlo, pero es culpable el ocultarlo—, este magnífico lienzo, está en gran parte borrado y descascarillado, pero además ha sido agujereado con dos enormes clavos para sujetar un altar adornado con percalinas por las devotas que hacen en el mes de Mayo las fiestas á la Virgen María.

¡Otra majestad en el orden soberano del Arte en lamentable ruina!... Y esos clavos que agujerean el lienzo del maestro glorioso, ¡cómo me recordaron las espinas de la incultura y la negligencia clavadas todavía en el corazón de nuestra Patria!...

José MOLINA y CANDELERO
De la Sociedad Alpina «Peñalara».

FOTOGRAFÍAS DEL MISMO



Pino á cuyo pie se celebró la primera entrevista de Carlos V y Don Juan de Austria



Hermoso aspecto que ofrecen las ruinas del Monasterio de Yuste

EN EL UMBRAL



El buen viejo yergue su esbelta figura, deteniéndose en el marco de la puerta, como una aparición patriarcal en el claroscuro rembranesco de la estancia.

A la violenta luz solar, sus barbas caudalosas tienen reflejos argénteos como las fugitivas espumas de un río turbulento; su piel morena, rayada á surcos por la reja implacable de los años es ya un rugoso pergamino, donde cada hora fué grabando con su invisible *stilo* la inicial jeroglífica de un dolor, de una esperanza muerta, de una ilusión desvanecida... Cruzadas las manos en un ademán de resignada unción, muestran sus venas negruzcas y retorcidas como sarmientos...

¡Noble figura la del anciano, destacándose en el umbral de esa puerta! Su testa, coronada de blanca melena; su enérgico perfil, rematado por el caudal de unas barbas patricias, evoca la figura de uno de esos longevos monjes de las leyendas ingenuas, que resisten la nieve de los lustros con el corazón encendido de piedades y las manos trémulas propicias al signo de bendición sobre todas las criaturas de Dios...

Hombre que asistió en su ocaso á los albores de este siglo, vedlo envuelto en el gabán, que es uniforme de la época, y tocado con la gorrilla floja y democrática... Su cabeza, que parece pedir el halo luminoso de la santidad, está cubierta por la más humilde toca; su cuerpo, que sos-

tendría dignamente el hábito de mercedario, viste un vulgar abrigo.

¿Quién es? ¿A quién recuerda en nuestra memoria real ó en las reminiscencias que pueblan nuestra imaginación?

Es el *abuelo*, el viejo león de Albrit, la gigantesca creación galdosiana humanizada. Su cabeza altiva, ni al tiempo se doblega.

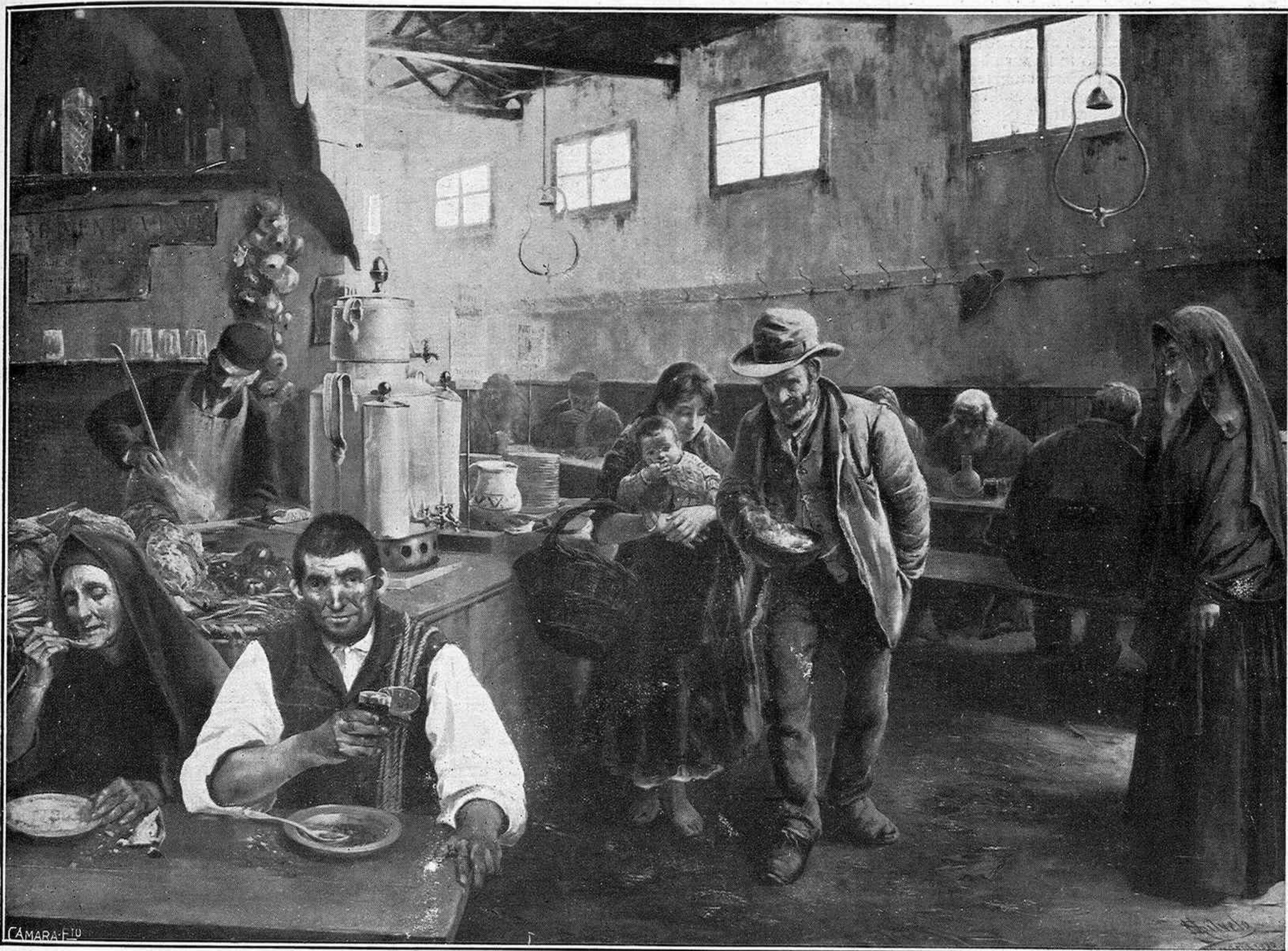
Y detenido en el umbral de esa puerta, como en el umbral misterioso de la vida, sus ojos negros—cuyas pupilas tienen la brillante humedad de los de las gacelas—parecen contemplar, fijas y sin miedo, toda la Eternidad...

FOT. PELLICER

:: MIRANDO ::
AL PASADO



LA TIENDA-ASILO



HACE bastantes años, cuando el vivir no era tan calamitoso, ni el hambre tan grande, ni las necesidades tan perentorias, los desvalidos hallaban más facilidad para calmar las ansias del estómago, porque los justos eran más benignos y ejercitaban más pródigamente la misericordia.

No quiere esto decir que hoy día no encuentren los pobres alimento fácil, sano y económico. Los Comedores caritativos de Alfonso XIII son un ejemplo.

Pero es bien cierto que la mendicidad se ha propagado más y más, con la crueldad de los niños desamparados y el vicio fomentado en grado sumo.

Ayer, hace años, no había que pedir nada inútilmente á las leyes, porque la *sopa boba* primero, y la benignidad de los magnates después, lo daban todo, como también el rancho de los cuarteles, en una lección experimental que, si no acababa con la pobreza, porque no podía acabar, por lo menos evitaba el estigma del hambre en las caritas lastimosas de los niños.

No es que hubiera más caridad; es que se entendía y se administraba mejor esa caridad, en nombre de Jesús, cuando dijo al rico: «Si quieres ser perfecto, ve á tu casa, vende algo de lo que posees y repártelo en beneficio de los pobres.»

En otro tiempo, los desdichados podían comer mejor y más barato. Prueba de este aserto era la Tienda-Asilo. Yo recuerdo una de las primeras que se establecieron en Madrid. Estaba á espaldas de los jardinillos de la calle de Ferraz, por donde ahora la pintoresca rampa que baja al paseo alto del Rey. ¿Quién se acuerda de aquella Cantina económica? ¿Te acuerdas tú, benévolo lector? Cierra un momento los ojos, pon tu conciencia en relación con los hechos pasados, y dime si la Tienda-Asilo era así:

Grande, muy grande; muy blanca; con unos ventanales enormes; llena de luz; con un ambiente agradable y un aroma sabroso; con unas ménsulas de hierro y mármol; con unos largos bancos de madera; con un escaparate apetitoso; con un alto mostrador; con unas cacerolas y unas cafeteras relucientes, humeantes y grandonas; con una cocina mayúscula; con unos dependientes vestidos de blanco.

¿Era así? Yo también te diré, querido lector, cómo era aquél rincón madrileño y la gente que concurría á la sazón.

Dismontes y basureros eran entonces los alrededores de la montaña. En las faldas de esta montaña del Príncipe Pío tenían sus casuchas golfos y mendigos. Entre aquellas, destacaba una, llamada *El palacio de cristal*, sin duda porque su fachada estaba adornada con espejos y pedazos de vidrio. Allí cerca, el aguaducho de *El tuerto*. En la explanada del cuartel, los muchachos jugaban á la pelota, tan en moda al inaugurarse el frontón de Vista Alegre. Abajo, en el barranco, la bolera. En el otro frente, el palacio de la Infanta Eulalia, el colegio de San Vicente Ferrer y el cuartel de San Gil, donde se aposentaban los dragones y luego la Escolta Real.

En la Tienda-Asilo entraban hombres y mujeres, viejos y niños, golfos, truhanes, mendigos, sirvientes, cocheros, lavanderas, soldados, cesantes, estudiantes y colegiales, mozos de cordel, encuarteros, faroleros, aguadores... La pareja amorosa... La otra pareja policíaca... La viuda honesta... La huérfanita... El menestral goloso... El niño de buena casa, que iba á probar los postres de leche, porque allí hacían un arroz exquisito, con limón y mucha canela.

Entraban «doña Urraca» y «don Pepito», las dos astrosas figuras que caminaban siempre del brazo, llevando consigo un enorme librote. El

vendedor de *El Cencerro*. El mendigo de las gafas negras, guardador de abundantes monedas de oro. El ciegucecito del aristón.

Una visita á la Tienda-Asilo, en las horas de más concurrencia, resultaba interesante, por lo sencillo del cuadro, por lo humano, por su sentimentalismo y amargura. Los famélicos encontraban un placer, mejor que una necesidad. Los niños debilitados sonreían ante las escudillas humeantes, libertándose de la anemia y de la esrófula.

¡Los niños! ¡Los niños hambrientos!... He aquí un estigma de la barbarie de los pueblos; los pueblos que abandonan á los hombres del futuro, dejando que el hambre se adueñe de los hogares míseros, de las familias errantes, clavando sus garras en la infancia desamparada, quien más tarde, en lugar de floreciente juventud, es caduca generación envenenada con la tuberculosis y dispuesta á llenar los presidios.

¡Los niños! Los niños son merecedores de todo cariño y de todo cuidado. Mirando á la prosperidad de la raza y pensando en que los ciudadanos sean pujantes y briosos, debe procurarse que los pequeñuelos no sean víctimas de la miseria y evitar por todos los medios que sus almitas inocentes se espanten ante el camino del mundo.

La Cantina de los jardinillos de la calle de Ferraz era un buen ejemplo de amor al prójimo. La virtud de los sentimientos cristianos procedía en nombre de la razón de Dios.

Sin embargo, fué efímera su vida. En el correr de los años, la apatía y la indiferencia hicieron desaparecer á la Tienda-Asilo.

ANTONIO VELASCO ZAZO

CUADRO DE SILVELA

:: GLOSAS ::
 ¶ EVOCAIONES

✉ POR TIERRAS EXTREMEÑAS

HERNÁN Cortés! ¡Gabriel y Galán!... Paladines y poetas... ¡Extremadura!... En el extremo oriental de la provincia de Cáceres, contemplando la llanura inmensa, la de «las grises lontananzas muertas», la de «las castas soledades hondas», mi espíritu ha evocado con fervor estos nombres preclaros, absorto en el misterio de la llanada, que se extiende, austera y grave, con la litúrgica monotonía de un salmo.

Al Norte, en la remota lejanía, cierra el paisaje, como un magnífico telón de fondo, la cordillera Carpeto Vetónica, cuyas azules y elevadas cumbres agujerean las radiantes nubes; el sol moribundo del ocaso



... los indomables potros de los paladines, son hogaño los rucios, flacos y desmedrados, de los sufridos campesinos...



Tras la mohina y triste pareja de burros lacios y cansinos, el labrador extremeño ara la tierra...



El río Tajo esparce su clara linfa, tersa y fulgente como un espejo...

dora los flancos de las montañas y ensombrece las cañadas con negras y profundas pinceladas, y al rojizo resplandor que surge del Poniente aparecen, como blancos rebaños que apacentaran en las faldas, los pintorescos

pueblos de la Vera: Jaraiz, Jarandilla, Talayuela, vecinos del palúdico río Tietar, cuyo curso se adivina por la tenue neblina que flota sobre sus aguas; más al Oriente, en una estría de la Sierra, que ahora fulge con vivos tonos de escarlata, se esconde la abulense villa de Arenas de San Pedro, situada frente por frente a la histórica ciudad de Talavera de la Reina.

En esta hora solemne del crepúsculo, allá arriba, en las nevadas planicies de las cumbres, copiarán el fulgor de los luceros las históricas lagunas de Almanzor, que abren al cielo la tersura bruñida de sus círculos, y en las ruinas, desiertas y ensombrecidas del Monasterio de Yuste, agazapado en una oquedad de la Sierra, acaso busque en vano la sombra del Rey y Emperador sus relojes y trofeos...

¡Extremadura!... Empinadas sierras, mayestáticas llanuras, interminables bosques de encinas, almendrales blancos y floridos, verdes plantíos y viñedos, cenicientos olivares..., sol de fuego, cielo de vivo añil... Y el fulgor glorioso de tu historia y el dorado nimbo de tus románticos caudillos...

Mas ya los hijos de los héroes que, despreciando el trueno de los mares, valientes nautas, tripularon las frágiles carabelas, impulsados por una desconocida ansia de gloria, y en cuyas pupilas retratáronse por vez primera las enhiestas crestas de los Andes, tienen calmados sus bélicos impulsos y apagada su ardiente fiebre de aventuras. La manquera substituyó a la espada.

Tras la mohina y triste pareja de burros lacios y cansinos, el labrador extremeño ara la tierra que le vió nacer y que un día acogerá sus huesos



Los nietos de los grandes conquistadores se han refugiado en la tranquilidad de sus viejas vidas dormidas y polvorientas...

hartos trabajados, y sus ojos, cuyo mirar tiene también la misteriosa austeridad de la llanura, parecen interrogarla con un cansado gesto de resignación y de vencimiento.

¡Oh, la llanura eterna, desierta, interminable, y, sin embargo, grandiosa y emotiva, llena de inefables encantos escondidos en su parda sobriedad!...

En la montaña, el hombre busca a Dios; en la llanura es Dios

quien baja hasta los hombres, como dijo un célebre pensador.

Los nietos de los grandes conquistadores se han refugiado en el viejo solar; ahitos de pendencia, reposan ahora; diríase una raza de titanes que se ha tomado unos siglos de reposo, acaso para volver con nuevo brío a la palestra; los soberbios alazanes, los indomables potros de los paladines, son ogaño los rucios, flacos y desmedrados, de los sufridos campesinos.

En tanto llega la soñada hora, Extremadura entera canta sus glorias y sus fastos; en la cercana villa de Almaraz, el soberbio puente que edificó Carlos V muestra grabadas en su pilastra central las rapantes águilas imperiales y salva con dos zancadas de gigante el hondo abismo abierto entre dos montañas, en cuyo fondo el río Tajo canta sus poéticos murmullos, y un trecho más adelante esparce su clara linfa, fulgente como un espejo, deslizándose enamorado y sentimental, y ávido de besar los frescos tallos y de aspirar los fragantes perfumes de las cercanas rosas de Lisboa.

CECILIO BENÍTEZ

SIGUEN LAS MEMORIAS RECIENTES

Por cambiar todo en Madrid, hasta el clima ha cambiado. Ahora llueve mucho más que antes. Viene esta trivial observación á cuento para decir que, antaño, solíamos aprovechar lo sereno de la noche para salir del Real á pie y, discurrendo, llegarnos á otros parajes donde aprovechar el resto de la cuerda que, en la crónica anterior, dije que aún nos quedaba.

Muchas veces íbamos á la cuarta de Apolo. Ha de saberse que esta cuarta que aquí se atribuye al refundente hermano de las musas, era tan solo la última de las secciones en que se dividía el espectáculo del teatro así llamado y que tenía la particularidad de comenzar cuando todos los demás coliseos habían cerrado sus puertas. En Apolo funcionaba una Compañía del género llamado chico, verdaderamente notable. Los Meses, padre é hijo, Rodríguez, la Campos, la Pino, la Vidal y tantos otros, hoy casi todos desaparecidos, hacían nuestras delicias por muy poco precio. Era muy frecuente el salir de allí á las tres de la mañana, pero sin sueño. ¡Ya lo creo! Aún era preciso volver á la Peña.

Las fatigas de la jornada obligaban á la cena, que también tenía otra particularidad: nadie cenaba en el comedor; todos en los demás salones del Club, menos en la Biblioteca, por un resto de pudor. No pocos compaginaban el placer gastronómico con otros menos santos, ó sean los de pelarse mutua y amigablemente, á la mayor gloria de la invencible *cagnotte*.

Por fin, la gente morigerada y de buenas costumbres se iba á su casa, entre cuatro y cinco de la madrugada. Sólo quedaban en el local los incorregibles peñistas, los que gustaban de ver amanecer antes de acostarse.

Mas el Real y Apolo no llenaban todas nuestras noches. Había entonces en Madrid una intensísima vida de sociedad.

Algunos grandes palacios abrían sus salones de vez en cuando, y tales fiestas, como los celeberrimos bailes de los duques de Fernán Núñez, hacían época. Pero otros muchos se nos ofrecían con mayor frecuencia. La duquesa de Bailén, los condes de Peñalver, la condesa de Muguero, el marqués de Cerralbo, los condes de Casa Valencia, la duquesa de Pinohermoso, la de Nájera, la marquesa de Hoyos y, además, los diplomáticos extranjeros, no dejaban pasar el invierno sin obsequiar al gran mundo con sendos cotillones. En otras casas, como la del insigne Cánovas y de su esposa la inolvidable Joaquina de Osma, las fiestas se celebraban en día fijo semanal. Y, por último, la marquesa de Esquilache tenía, como dicen en Francia, el más hospitalario de los salones. Cotidianamente, la hermosa señora recibía á sus amigos íntimos, amén de los minuetos y bailes en grande, con los

cuales se contaba de antemano al regresar del veraneo.

Más tarde, una dama, que hoy lleva por su enlace uno de los más ilustres títulos de Aragón, la duquesa de Parcent, organizó festivales que revistieron un carácter verdaderamente artístico. No se trataba en ellos tan sólo de buscar la vulgar diversión: sí de unir la felizmente á manifestaciones de orden más elevado. Cuando habitaba un palacio de estilo árabe, logró que toda la alta sociedad se revistiese con la mayor propiedad y con suma riqueza de atavíos orientales, que á maravilla encuadraban en la decoración del lugar. El marqués de Castrillo vestía de rey moro y la hoy duquesa de Santofia era una deliciosa sultana. Algún tiempo después, creo recordar que con un fin benéfico, las muchachas más bonitas del Madrid de entonces figuraron, ya en el magnífico palacio de Guadalcázar que hoy es de la duquesa, en diversos cuadros vivos que reproducían la historia del baile. Bajo la inteligente dirección de un artista como Moreno Carbonero, nada más perfecto que la evocación de Gades romano, de los famosos *seises* de Sevilla, de una escena de *Pepita Jiménez*. Recuer-

do la estupefacción de Madrid al ver que quien, con el estilo más castizo posible y con el salero más clásico, bailaba las sevillanas, era un ruso. Eso de que un moscovita auténtico viniese á poner la ceniza en la frente de los profesionales del flamenquismo, era algo curioso. ¿Qué habrá sido de Kolemne, que tal era el nombre del bailarín y secretario de la Embajada de Nicolás II? Marchó de la Corte con pena, pues se había aclimatado entre nosotros como nadie, y no hemos vuelto á saber de él. ¡La guerra, la revolución! Mucho me temo que no volvamos á verle bailar sevillanas.

Aún, y recientemente, volvió á abrirse aquella casa para otra fiesta por el estilo, en la cual lo que dejó memoria imborrable fué un pelotón de granaderos formado por diez ó doce adolescentes preciosas. Difícil sería averiguar cuál era la más brillante: si una ú otra de los soldados rasos, ó el oficial, ó sea la hija de la casa, que en el presente momento se halla en pleno esplendor de su magnífica hermosura. Nada falta, en efecto, á la actual marquesa de Belois de las Navas para merecer la unánime admiración que despierta por todas partes. A las gracias singulares

de su belleza une las del talento y de la cultura. La recuerdo perfectamente: con airosa soltura ceñía la casaca de vueltas rojas y tocaba los rubios cabellos con el sombrero de dos candiles. La falda blanca modelaba su grácil figura, apenas llegada á la pubertad. Al frente de su hueste, que bajo sus órdenes maniobraba con militar perfección, era casi tan bonita como ahora. Y no digo tanto, porque no es posible.

Dije antes que los diplomáticos acreditados cerca de la Corte de España rivalizaban con nuestros propios magnates en dar grandes fiestas. Las Embajadas y las Legaciones, en efecto, no dejaban pasar temporada alguna sin ello. Recuerdo un baile en la de Italia, que fué el último de *fracs* rojos que se dió en Madrid, y otro que los señores de Radowitz (que durante años representaron al Imperio alemán y supieron captarse las amistades más generales) nos ofrecieron. Era de trajes. Una de las hijas de los embajadores, Nardine, dió en él una nota altamente simpática: adornó su gallardísima persona con el uniforme de gala de la Guardia civil, que es, con ligeras variantes, el de la antigua Infantería española. Hubo entonces quien dijo que por tal gerdarme cualquiera se dejaría prender. Ciertamente, pero no sucedió. Fué un compatriota suyo el que tuvo ese buen gusto, años después, allá en las márgenes del Spree.

Pero el tiempo ha transcurrido y muchas cosas han cambiado. Hora es ya, pues, de venir al presente momento y de completar el parangón ofrecido en otra crónica.

El Conde de la TORRE de CELA

BALADA DE LA CARNE EN OTOÑO



*Esta noche, ¿no sientes el corazón latir?...
Bajo la luna se hace de luna el pensamiento,
y ese recuerdo que nos v'no á herir,
hace una rosa rota del corazón sangriento.
Hay una tempestad en la cabeza,
harta de meditar...
Luto de ideas llenas de tristeza
y palabras que nacen para hacernos llorar.*

*Esta vida, que al fin y al cabo
es polvo, se quisiera
dormir bajo la tierra hermana...
Bajo la tierra que socavó
mi carne en primavera,
ha de dejar su forma humana.
Cansancio,*

*me pones como muerto...
De mis últimas flores hoy escancio
la miel de oro... El huerto
otoñal se ha quedado seco y frío...
Mi corazón parece que no es mío...
No sé qué mano me cortó las alas...
Mi espíritu, desnudo está y sin galas...
Mi carne pecadora se deshace,
y aun cuando vive, como muerta goce.
Posa tu mano aquí... Tu mano
santa sobre mi pecho... ¿Oyes las voces,
jamada sin amor!, de mi doctor lejano?...
¿Verdad que oyes mi pena, y la conoces?*

Elidoro PUCHE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



LA ESFERA

ARTE RELIGIOSO



ECCE HOMO, dibujo de Ricardo Marín

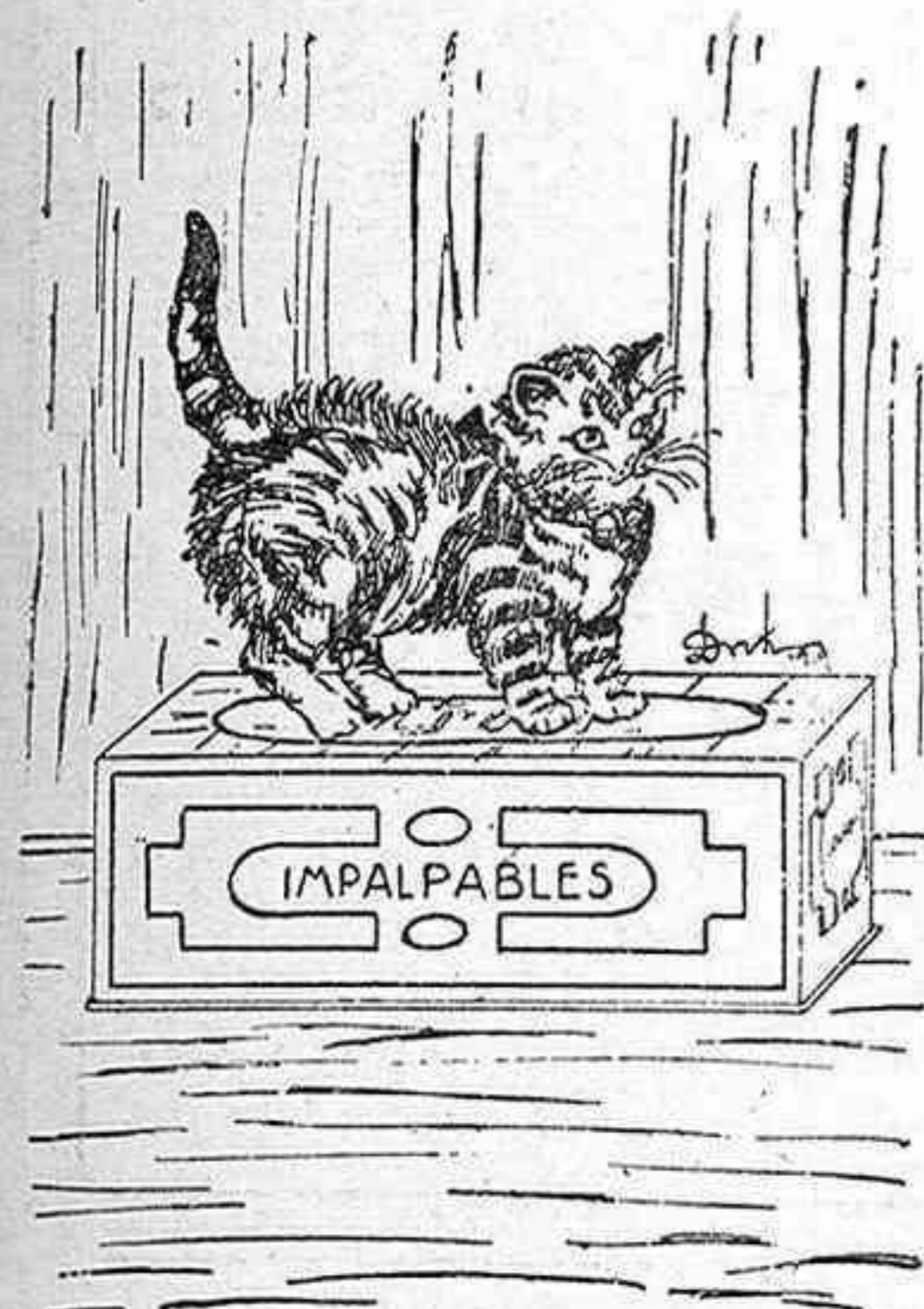
CÁMARA-FU

JACOBO SCHNEIDER, INGENIERO, MADRID

ALFONSO XII, 32

ASCENSORES eléctricos "STIGLER"
CALEFACCIÓN CENTRAL de todos los sistemas
SANEAMIENTO de edificios

Más de 3.000 instalaciones ejecutadas en España y Portugal



Hasta los gatos se deleitan con el aroma de los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Loción para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÀ (BARCELONA).

ESPAÑA
LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97
Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

AVISO
PRENSA GRÁFICA, S. A.

Se convoca á la Junta general ordinaria que previene el art. 14 de los Estatutos, para el día 29 de los corrientes, á las siete de la tarde, en el domicilio social, Hermosilla, 57.
La papeleta de asistencia puede recogerse, desde esta fecha hasta las cinco de la tarde del día 28 del actual, en la Secretaría de la Sociedad, Hermosilla, 57, previo el depósito de las acciones en la Caja de aquella ó de su resguardo de depósito.

Madrid 19 de Marzo de 1921.
Por el Presidente del Consejo,
EL VICEPRESIDENTE,
MARIANO ZAVALA



J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultado: rápido, práctico y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos; pues, sin teñirlos, les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc., a las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURAS WINTER Marca Belleza. Tiñen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para rubio, castaño claro, castaño oscuro y negro. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumia). Blanca, cura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinia, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel oscuro.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recienste, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

TÉ ENDVAR, es una delicia al paladar



A SUS PARIENTES,
A SUS AMIGOS,
A cuantos sufren de
Constipados, Males de Garganta,
Laringitis, Bronquitis, Catarro, Grippe,
Trancazo, Asma, etc.

como a todos los que quieran precaverse de estas dolencias
Recomendará V. con verdadero entusiasmo

LAS PASTILLAS VALDA

si V. en si mismo, bien sea una solo vez,
hubiere experimentado su notable eficacia.

PERO DÉLES BIEN A ENTENDER
que, como V. hizo, empleen solo

Las PASTILLAS VALDA

VERDADERAS
QUE SE VENDEN UNICAMENTE EN LAS FARMACIAS
en CAJAS con el nombre

VALDA
en la tapa y nunca
de otra manera.

Farmacia
Médica
Drogueria
Química

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico. **D. Nicolás Rueda.** Avenida de Isabel la Católica, 66. Apartado Correos, 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas.** 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.^a**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. Ortigosa y C.^a, únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera.** Rua Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Ca-

brera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner.**

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara.**

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano.**

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, calle de la Paz, 21. Director: **D. Ambrosio Huici.**

En **Burgos, Palencia y León:** á **Burgos,** Plaza del Duque de la Victoria, 14. Director: **D. Joaquín Arrarás.**

En la Zona Española del Protectorado de **Marruecos:** á **Tetuán,** Plaza de España. Director: **D. Antonio Got.**

Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina: **ORTIGOSA Y COMP.^a**, Rivadavia, 633, BUENOS AIRES